

Constructores de la Nación, Soñadores de la Federación:

**FRANCISCO MORAZÁN
JOSÉ CECILIO DEL VALLE
DIONISIO DE HERRERA**

Compiladores:

Daniel Enrique Esponda Velásquez
José Manuel Cardona Amaya
Orlín Manuel Duarte Landero

Daniel Enrique Esponda Velásquez, José Manuel Cardona Amaya y Orlin Manuel Duarte Landero (compiladores). Constructores de la nación, soñadores de la federación: Francisco Morazán, Dionisio de Herrera y José Cecilio del Valle. 1ª edición. Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2023.

82 p.

ISBN 978-99979-891-5-4

Traductor de la obra

Msc. José Manuel Cardona Amaya

Editora

Msc. Perla Patricia Polanco Pérez

Corrección de estilo

Lic. Katia Portillo

Diseño y Diagramación

Lic. Roberto Valladares

Coordinadora de la Editorial Sabio Valle

Licda. Katy Suazo

Impresión

Instituto Hondureño de Educación por Radio (IHER)

Barrio Abajo, avenida Lempira, casa 305,

Tegucigalpa, Honduras.

www.iher.hn

DISTRIBUCIÓN GRATUITA – PROHIBIDA SU VENTA

©Secretaría de Educación

Centro Cívico Gubernamental José Cecilio del Valle
Bulevar Juan Pablo II, Tegucigalpa, MDC, Honduras, CA
Septiembre de 2023

Esta primera edición de la obra **Constructores de la nación, soñadores de la federación: Francisco Morazán, Dionisio de Herrera y José Cecilio del Valle**, de los compiladores Daniel Enrique Esponda Velásquez, José Manuel Cardona Amaya y Orlin Manuel Duarte Landero, es propiedad de la Secretaría de Estado en el Despacho de Educación. Este libro ha sido elaborado por la Dirección de Historia y Patrimonio (DIHIPA) y editado por la Editorial Sabio Valle, dependiente de Comunicaciones y Prensa como aporte al fortalecimiento institucional en el marco de refundar la educación en el país.

CRÉDITOS

Iris Xiomara Castro Sarmiento

Presidenta Constitucional de la República de Honduras

Prof. Daniel Enrique Esponda Velásquez

Secretario de Estado en el Despacho de Educación

Prof. Jaime Atilio Rodríguez

Subsecretario de Estado de Asuntos Administrativos y Financieros

Prof. Edwin Edgardo Hernández Zerón

Subsecretario de Estado de Servicios Educativos

Abog. Edwin Emilio Oliva

Secretario General

Lic. Jorge Darío Orellana

Director de Comunicaciones y Prensa

Msc. Orlin Manuel Duarte Landero

Director de Historia y Patrimonio

Índice

Nota introductoria	1
Capítulo 1.	
Francisco Morazán, campeón de la Federación de la América Central.....	5
Robert Chamberlain	
Capítulo 2.	
Dionisio de Herrera 1783-1850: un tributo centenario.....	51
Rafael Heliodoro Valle	
Capítulo 3.	
José Cecilio del Valle: académico y patriota.....	57
Franklin D. Parker	

Nota introductoria

En este libro se presentan por primera vez en español escritos sobre tres hondureños que marcaron su época y cuyo legado se mantiene vivo hasta nuestros días: Francisco Morazán, Dionisio de Herrera y José Cecilio del Valle. Estas cortas biografías fueron escritas en inglés en la década de 1950, con un público anglohablante en mente, es decir, fueron redactadas para ser leídas por personas que nada conocían del tema. Es justamente por la coyuntura de su redacción que estos trabajos mantienen valor como textos de lectura: son síntesis fundamentadas en información histórica verídica, diseñadas para que el lector conozca la vida y obra del personaje biografiado en un corto espacio de tiempo.

Francisco Morazán, campeón de la Federación de la América Central, escrito por Robert Chamberlain, se publicó originalmente en 1950, editado por la Universidad de Miami. En su carrera profesional, Chamberlain fue sobre todo un investigador dedicado al Período Colonial de la América Hispana, por lo que su investigación sobre Morazán es anómala dentro de su producción historiográfica. El motivo que condujo a Chamberlain a escribir sobre el prócer centroamericano parece haber sido su sincera admiración por Morazán, sentimiento que es expresado en varias ocasiones dentro del texto traducido en esta edición. Al igual que su compatriota John Lloyd Stephens, quien conoció a Morazán personalmente, Chamberlain pensaba que la única persona capaz de sostener la unión centroamericana era Morazán y que, para finales de la década de 1830, solamente Morazán y su círculo de seguidores mantenían viva la esperanza de poner en marcha el proyecto federal.

El trabajo de Chamberlain se enfoca, principalmente, en el ascenso al poder de Morazán y sus dos administraciones como presidente de la Federación. Chamberlain presenta a un Morazán en una lucha imposible contra las fuerzas inherentes de Centroamérica: cuando Morazán vencía a los conservadores, los mismos liberales le traicionaban; cuando se tomaban disposiciones para remediar los problemas económicos, surgían conflictos limítrofes con México; cuando se atendía el asunto de las disputas internas entre los Estados, los ingleses amenazaban con invadir las Islas de la Bahía. En otras palabras, resultaba imposible administrar un territorio en el cual se tapaba una gotera e inmediatamente aparecían dos.

Chamberlain aporta al debate sobre el pensamiento morazánico al afirmar que las ideas del presidente de la Federación evolucionaron a partir de su experiencia en el conflicto centroamericano. Según el autor, Morazán

fue un federalista mientras ocupó la presidencia de la Federación, pero, durante su exilio y después de extensas lecturas y meditaciones personales, el héroe llegó a creer que para poner en orden la situación centroamericana debía de adoptar una postura centralista. Por supuesto, hay quienes piensan lo contrario, que Morazán fue un federalista toda su vida o que fue un centralista durante su segunda presidencia; por lo que la voz de Chamberlain se suma a este debate centenario sobre la vida y obra del mayor prócer centroamericano.

El segundo escrito, *Dionisio de Herrera: un tributo centenario*, de Rafael Heliodoro Valle, se publicó por primera vez en 1950, en el número 30 del tomo 4 de la revista *Hispanic American Historical Review*, mientras su autor era embajador de Honduras en Estados Unidos. El objetivo del escrito era presentar la figura de Herrera como uno de los gigantes de su época, un hombre que abrazó el mismo genio progresista que José Cecilio del Valle y la misma astucia política que Francisco Morazán. Se trata de un texto corto, que resume las acciones más relevantes de Herrera en la jefatura del Estado de Honduras.

De Rafael Heliodoro Valle mucho se puede decir, pero cualquier cosa que se diga se quedaría corta. Valle realizó un gran aporte al arte literario y al conocimiento histórico de la América Hispana. La obra de Valle contiene exhaustivas revisiones bibliográficas, antologías poéticas, análisis históricos, comentarios políticos, reseñas de libros, estudios filosóficos, etc. Que Heliodoro Valle escogiera a Dionisio de Herrera como objeto de una pequeña biografía es testimonio de la importancia de Herrera, pero también de la erudita percepción de Valle, quien después de haber leído millones de páginas y escrito otros tantos más, comprendió la necesidad de exponer el papel que este prócer jugó en la conformación de su país.

El tercer escrito, *José Cecilio del Valle: académico y patriota*, de Franklin Dallas Parker, fue publicado en el número 4 del tomo 32 de la revista *Hispanic American Historical Review* del año 1952. Se trata de una biografía que tiene como objetivo notorio demostrar que José Cecilio del Valle fue, además de un gran intelectual, un político activo e influyente en la Centroamérica de su época. Parker se da la tarea de desmentir a aquellas personas que acusan a José Cecilio del Valle de conservador o de estar en contra de la Independencia de Centroamérica. Según el autor, Valle estaba en acciones y pensamiento alienados con la libertad de los pueblos y su autodeterminación; es más, se adelantó a todos sus contemporáneos al proponer mecanismos para la unión de todas las repúblicas americanas en una sola nación.

Según Parker, la figura de José Cecilio del Valle se vio atrapada en el espíritu partidario de la época, de modo que esta falsa concepción de su carácter quedó registrada en las crónicas históricas y se fue repitiendo a lo largo de los años. Fue José Cecilio del Valle una persona tan sobresaliente y su pensamiento tan amplio, que conservadores y liberales lo reclamaron como suyo; pero él fue, hasta el fin, un libre pensador, afiliado al alto ideal de la hermandad entre todos los americanos.

Finalmente, solo queda invitar a los lectores a conocer a estos tres grandes hombres que nacieron como hijos de Honduras, crecieron hasta ser héroes de Centroamérica y hoy en día patrimonio de toda América.

Daniel Enrique Esponda Velásquez
José Manuel Cardona Amaya
Orlin Manuel Duarte Landero

Capítulo

01

Francisco Morazán, campeón de la Federación de la América Central

Francisco Morazán, campeón de la Federación de la América Central

Robert Chamberlain

Francisco Morazán es uno de los grandes americanos que sobresale como símbolo de altos y valiosos ideales. El ideal de Morazán fue una confederación de Centroamérica unida, fuerte y republicana, en la cual la soberanía del pueblo reinaría y que, como naciones unidas, tomaría su lugar entre las nuevas repúblicas que surgieron como el fénix entre las cenizas de lo que fue el majestuoso Imperio Español. También creía Morazán en la alianza y hermandad de todas las repúblicas americanas.

La consolidación de su ideal de una Centroamérica unida eludió a Morazán y a aquellos que, junto a él, creyeron y lucharon por ese logro con celo y determinación. La unión fracasó, de la misma forma que la Confederación de los Andes propuesta por Bolívar y su Gran Colombia: esfuerzos por unir Perú y Bolivia y una esperanza temprana para incorporar Argentina, Uruguay, Paraguay en un solo país. Una Centroamérica unida compuesta por los Estados soberanos de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica sigue siendo un ideal sin alcanzar, que aún hoy en día es perseguido por las naciones centroamericanas que intentan superar las separaciones geográficas, el partidismo político, las rivalidades locales y las divisiones internas que causaran la caída del proyecto de Morazán y la muerte del héroe.

Ya que Morazán resalta como símbolo, el contexto histórico en que se elevó a lo más alto de la política centroamericana son parte de su vida. Durante los años que Morazán estuvo a la cabeza de Centroamérica su biografía es, en gran medida, la biografía de esa región y, de la misma manera, la historia de Centroamérica es la historia de Morazán. Como otras figuras que se erigieron en símbolos de principios y hechos históricos, Morazán no puede entenderse, sino como parte integral de su tiempo y lugar. Morazán y una Centroamérica liberal, federal, republicana y unida fueron uno solo y cuando Morazán fue confrontado por fuerzas que le abrumaron, fracasó la coyuntura y no sus ideales.

Las actuales repúblicas de Centroamérica, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, junto al sureño Estado mexicano de Chiapas, componían, como provincias, la Capitanía General o Reino de Guatemala en los años finales del dominio español¹.

¹ Para un estudio geográfico y demográfico de las actuales repúblicas de Centroamérica, véase Preston James, *Latin America* (Nueva York, The Odyssey Press, 1942), pp. 575,92, 671-717. Véase J. Antonio Villacorta C. *Bibliografía Guatemalteca* (Guatemala, Tipografía Nacional, 1944) para una bibliografía de obras sobre Guatemala y Centroamérica.

De estas provincias, Guatemala era la más populosa y más importante, albergaba la cabecera de la Capitanía General: la ciudad de Guatemala. Las fronteras coloniales de las provincias de la Capitanía no estaban delineadas claramente, pero coincidían aproximadamente con las de las actuales repúblicas. Dentro de la Capitanía General cada provincia, aislada de las otras, tenía sus propios problemas especiales y sus propios grupos rñales y clases y cada provincia tenía su cabecera de gobierno. Cuando llegó el ocaso del dominio español en la región, Centroamérica como región, pero también cada una de las provincias, tenían un incipiente nacionalismo y nacientes partidos políticos².

Esa es una cara de la historia. Hay otra. Había una fuerza opositora, una urgencia hacia la unidad de las provincias de Centroamérica: un sentimiento que todas las provincias de la Capitanía General eran, y debían ser, parte de un todo. Este sentimiento era natural, como también lo era el individualismo y separatismo, ya que el sistema colonial español había agrupado a esta provincia en una sola, el Reino de Guatemala, con un gobierno central en ciudad de Guatemala, una capital que logró eminencia política y cultural. La sombra de este pasado cubrió a Centroamérica incluso después de su separación de España.

Los principios opuestos de unidad y separatismo se encontraron en un terreno más amplio que aquel de la Capitanía General de Guatemala. La Capitanía General era, jurídicamente, parte del Virreinato de Nueva España: con su capital en la ciudad de México, aunque en la práctica era virtualmente independiente de Nueva España y le respondía directamente a la Corona Española. Inclusive en este contexto más amplio existían tendencias hacia la unidad y el separatismo. Había personas en México y Centroamérica que pensaban que las provincias debían de formar parte de México, corazón y substancia del antiguo Virreinato de Nueva España, cuando se lograra la Independencia de España. En Centroamérica, había otras personas que no deseaban la unión con México.

² Véanse las siguientes obras sobre la historia de las provincias centroamericanas durante el período colonial: Hubert H. Bancroft, *History of Central America* (San Francisco, The History Company, 1883-87). 3 vols.; José Milla, *Historia de la América Central* (Guatemala, Tipografía Nacional 1973) 2, vols.; J. Antonio Villacorta C., *Historia de la Capitanía General de Guatemala* (Guatemala, Tipografía Nacional, 1942). Para reproducciones de mapas de Centroamérica y áreas jurisdiccionales desde los primeros días hasta 1929, véase *Cartografía de la América Central* (Guatemala, Tipografía Nacional, 1929) y para una declaración de los límites jurisdiccionales en el período colonial, véase Clarence H. Haring, *The Spanish Empire in America* (Nueva York, Oxford University Press, 1944), pp.81-3, 288, 302, 319 n.91. Chester L. Jones, *Guatemala pasado y presente* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1940), ofrece un excelente relato breve de la historia de Guatemala.

Ciertamente, Agustín de Iturbide, primer emperador de México, unificó momentáneamente a México con Centroamérica entre 1822 y 1823, basado en la idea colonial del Virreinato de Nueva España. La estrepitosa caída de Agustín de Iturbide, combinada con las fuerzas separatistas de Centroamérica, trajo consigo la disolución del Imperio Mexicano. Mientras tanto, la unión con México complicó la situación en Centroamérica y condujo a la separación de Chiapas del territorio.

Había entonces dos fuerzas paradójicas y totalmente opuestas, mutuamente excluyentes en términos amplios y un terreno angosto. Ambas fuerzas eran producto y herencia del pasado colonial de Centroamérica. Más allá de los problemas amplios de los unionistas y separatistas, los problemas internos de las provincias centroamericanas afloraron al momento de declararse su separación de España. Había amargas divisiones en cada Estado basada en las creencias políticas, liberalismo y conservadurismo; en las bases religiosas, clericalismo y anticlericalismo; en términos económicos, las clases altas contra las bajas y en términos sociales, criollos contra mestizos e indios.

El pensamiento filosófico de la Ilustración, el Liberalismo inglés, el ejemplo de los Estados Unidos, y las ideas de la Revolución Francesa condujeron al surgimiento de grupos liberales –republicanos, federalistas, anticlericales y antiglesia en el sentido de disminuir el poder político, económico y social de la Iglesia Católica. Algunos de los liberales eran de la clase alta, pero la mayoría era de la clase media trabajadora. La mayoría de miembros de la clase alta apoyaba el clero, eran conservadores que obraban por la preservación del poder político por su propio grupo y estaban a favor del poder centralizado, la Iglesia Católica y los privilegios de esta y por la preservación de sus intereses económicos y sociales. Los liberales apoyaban un gobierno representativo –soberanía del pueblo: los conservadores querían que unos pocos controlaran el gobierno– es decir, una aristocracia con nombre de república.

En todos los Estados centroamericanos se formaron partidos liberales y conservadores y cada uno de estos partidos formó alianzas con sus homólogos de los demás Estados, de forma que había en Centroamérica un solo partido liberal y uno conservador. De esta manera, se formaron dos bloques amargamente hostiles entre ellos. Liberales y conservadores se confrontaron en cada Estado, con una misma voluntad a lo largo de toda la región centroamericana; lucharon por el poder mediante tratadas políticas o mediante las armas, dividiendo Centroamérica con amargos sentimientos, controversias, disputas y guerras civiles.

La población de Centroamérica en 1823, dos años después de la Independencia de España, según lo estimó el gran científico alemán Alexander von Humboldt, era de 280,000 blancos, 420,000 mestizos y 880,000 indios³. También había negros y mulatos. Estas cifras dan una pista de los problemas políticos, económicos y sociales que un centroamericano libre de nacimiento tendría que enfrentar. Guatemala era, preponderantemente, indígena; El Salvador, Honduras y Nicaragua eran, en su mayoría, mestizo; Costa Rica –único en la región– era una provincia mayormente español, y no solo por su sangre europea, sino porque la mayoría de ellos eran pequeños terratenientes que habían formado su propio capital⁴.

Los datos anteriormente presentados fundamentan el contexto histórico básico en que tuvo que desempeñarse Morazán. Este personaje fue un liberal y federalista que deseaba establecer el imperio de la ley y la soberanía de los pueblos, que funcionaría mediante una Federación de los Estados Centroamericanos permanente y dentro de cada uno de los Estados constituyentes:

Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. La biografía de Morazán es la biografía de una nación, de la Federación de Centroamérica y también de las cinco naciones que componían la unión. El ideal de unión federal de Morazán se perdió por las guerras entre el poder federal y los países constituyentes y los conflictos a lo interno de cada uno de los Estados.

Se ha dicho, con considerable verdad, que la Capitanía General de Guatemala ganó su independencia de España por inercia⁵. No hubo nada de las amargas, sangrientas y prolongadas guerras que plagaron México, Nueva Granada, Perú, Chile y La Plata. En Centroamérica, se retrasó el desarrollo de un movimiento independentista organizado en comparación al resto de la América hispana, sobre todo porque el gobierno colonial español tomó medidas efectivas para evitar estos levantamientos. Un hábil capitán general, José de Bustamante y Guerra, fue enviado a Centroamérica en 1811 por el Consejo de Regencia y las Cortes Españolas

³ Estas cifras provienen de Charles E. Chapman, *Colonial Hispanic America* (Nueva York, The Macmillan Company, 1938), p.189.

⁴ Para un resumen de las mezclas raciales modernas y las condiciones sociales véase James, pp.671-717, *passim*.

⁵ Para los desarrollos que condujeron a la Independencia de Centroamérica véase Bancroft, vol.3, pp. 1-36; Villacorta, *Historia...* pp. 441-532.

que, en nombre de Fernando VII, en ese entonces prisionero de Napoleón, gobernaba las áreas de España libres de la ocupación francesa. Bustamante y Guerra había servido efectivamente en Montevideo, donde actuó con rigor contra aquellos que deseaban la Independencia y fue considerado por el gobierno español como una buena elección para evitar insurrecciones independentistas en el resto de América⁶.

Además, las políticas liberales de las célebres Cortes Españolas de 1810 y la democrática Constitución de 1812, que extendió los privilegios a América y otorgó la representación política y la igualdad nominal a sus habitantes, tuvieron un efecto tranquilizador en los liberales centroamericanos. Por otro lado, el liberalismo y anticlericalismo de las Cortes alienó al clero y los conservadores quienes, en consecuencia, comenzaron a desear la Independencia.

Sin embargo, hubo liberales que aún deseaban la Independencia y hubo movimientos locales en El Salvador y Nicaragua, que fueron reprimidos rápidamente. Considerando todo lo anterior, se puede decir que los ciudadanos de Centroamérica parecían ser lo que las autoridades españolas decían que eran “mis más fieles y leales vasallos”⁷.

Centroamérica permaneció quieta, al menos en apariencia, inclusive durante el período en que Fernando VII derogó la Constitución de 1812 y restableció el absolutismo y las medidas reaccionarias después de su restauración al trono francés y la expulsión de los ejércitos bonapartistas de la península. Sorprendentemente, Centroamérica demostró pocas manifestaciones violentas contra el régimen español, sobre todo, si se le compara con los enfrentamientos bélicos que desde 1810 desgarraron México.

La revolución liberal de 1820 en España, que forzó a Fernando VII a aceptar nuevamente la Constitución de 1812, trajo cambios en la Capitanía General de Guatemala, como había hecho en otras partes. Los liberales no solamente renovaron sus actividades, sino que sus acciones aumentaron de ritmo, aunque el movimiento aún no se consolidaba. Un nuevo y vacilante capitán general llamado Gabino Gáinza reemplazó a Carlos Urrutia, quien a su vez había sucedido a Bustamante y Guerra en 1818, aunque estos cambios no significaron una modificación de políticas. Al avanzar

⁶ Ibid.

⁷ Jones, p. 34 ff.

la situación centroamericana, Gaínza caería en las manos de un grupo de personas que deseaba la Independencia. El grupo de independentistas incluso quería que Gaínza se convirtiera en el primer presidente de Centroamérica. Algunos conservadores comenzaron a decantarse por la opción independentista⁸.

México logró su Independencia mediante la aplicación del Plan de Iguala, ingeniado por Iturbide el 24 de febrero de 1821 y se consumó el 24 de agosto con la aplicación del Tratado de Córdoba entre Iturbide y el nuevo virrey de Nueva España, Juan O'Donojú. Con la entrada de Iturbide a ciudad de México a finales de septiembre, el nuevo emperador mexicano fijó su mirada en Centroamérica.

Con México, ahora una nación independiente y la Capitanía General de Guatemala inclinada por la separación con España, tanto liberales como conservadores se unieron para hacer realidad la emancipación política. Tras un período de indecisión, los eventos de México empujaron a que Gaínza convocara una reunión de los oficiales públicos para decidir qué camino tomar. Esta asamblea se reunió en el palacio de gobierno en la ciudad de Guatemala, el 14 de septiembre de 1821. No estaba claro para todos cuál era el motivo de la reunión, pero se sentía ya el deseo predominante de independizarse de España. Las autoridades locales, certeros de este sentimiento, asumieron el derecho a la palabra y aprobaron el Acta de Independencia de todas las provincias de la Capitanía de Guatemala.

Se convocó a un Congreso Nacional Centroamericano el 1 de marzo de 1822, para decidir qué tipo de gobierno adoptaría el territorio. Hasta que se reuniese el Congreso, Gaínza y las demás autoridades españolas permanecerían en sus cargos. Ante las posibles acciones de México para anexas Centroamérica, y para combatir los sentimientos de los anexionistas centroamericanos, la asamblea hizo jurar a Gabino Gaínza que Centroamérica se mantendría libre del control mexicano y de cualquier otra nación. Una declaración formal de la Independencia Absoluta de Centroamérica fue emitida luego, el mismo 15 de septiembre de 1821. España era demasiado débil para responder por la fuerza y en los años posteriores, después de disuelto el Imperio Mexicano, la Independencia de Centroamérica fue reconocida por los Estados Unidos de Norteamérica, Gran Bretaña, Colombia y otras repúblicas europeas y americanas.

⁸Sobre el logro de la Independencia de Centroamérica véase: Jones, pp. 34ff; Bancroft, vol. 3, pp. 23-41; Villacorta, *Historia...*, pp. 511-532; Pedro Zamora Castellanos, *El grito de Independencia* (Guatemala, Tipografía Nacional, 1935).

Para cumplir sus sueños de forjar un imperio, Iturbide actuó decisivamente para reafirmar la unión entre México y Centroamérica. El 19 de octubre de 1821, escribió a Gaínza que “Guatemala no debía quedar independiente de México, sino formar con aquel virreinato un grande imperio bajo el Plan de Iguala y Tratados de Córdoba: que Guatemala se hallaba todavía impotente para gobernarse por sí misma y que podría ser por lo mismo objeto de la ambición extranjera”⁹. Luego, Iturbide anunció que un ejército mexicano “de protección”¹⁰ iba rumbo a Centroamérica. Este movimiento por parte de Iturbide fue con la intención y propósito de la acción unilateral de México para la anexión. El general Vicente Filísola pronto marchaba hacia el sur con un ejército mexicano.

Una junta gubernamental provisional fue creada en la ciudad de Guatemala después de la declaración del 15 de septiembre. La junta provisional y Gaínza se encontraban en un meollo frente a la declaración de Iturbide, por lo que decidieron apelar a la democracia y solicitaron a los cabildos de Centroamérica para que emitiesen su juicio sobre los planes de la anexión a México. Debido a fallas en la comunicación, retrasos en el envío de respuestas y réplicas indecisas, las autoridades de la ciudad de Guatemala no recibieron una decisión contundente de parte de los cabildos y solamente pudieron interpretar que la mayoría de ellos se decantaba por la unión con México¹¹.

Bajo la inminente presión de México y sin tiempo para tomar una decisión razonada, la junta provisional y Gaínza decidieron aceptar la anexión a México, ignorando la proclamación de Independencia del 15 de septiembre de 1821. La fuerza mexicana al mando de Filísola, con 600 efectivos, finalmente entró en la ciudad de Guatemala el 12 de junio de 1822. México estaba ahora en curso de moverse hacia el imperio, tanto territorialmente como en forma de gobierno. Iturbide fue aclamado emperador Agustín I el 19 de mayo de 1822 y coronado solemnemente el 25 de julio.

Filísola extendió hábilmente la influencia mexicana en América Central, entrando en El Salvador y coaccionando a ese Estado que, en desesperación, se había declarado espontáneamente a favor de la unión con los Estados Unidos de América. América Central se convirtió así, en

⁹Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro América* (París y México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1913), 2 vols., vol. 1, p. 23.

¹⁰Ibid.

¹¹Sobre la efímera anexión de Centroamérica a México, véase: Bancroft, vol.3, pp. 41-78; Marure, vol.1, pp. 16-77.

efecto, en parte del Imperio de Agustín I. El Primer Imperio Mexicano fue de corta duración: la posición de Agustín I se deterioró y se vio obligado a abdicar el 19 de marzo de 1823. Acto seguido, México se convirtió en una república y en 1824 tomó una forma federal.

Con la caída de Agustín I, su general en Centroamérica, Filísola, tuvo que hacer rápidos ajustes. Todavía estaba en El Salvador y se apresuró a regresar a la ciudad de Guatemala. El 29 de marzo de 1823, convocó una reunión extraordinaria de la Diputación Provincial y a un Congreso General de Centroamérica de acuerdo con las decisiones del 15 de septiembre de 1821. En el ahora republicano México, el Congreso pronto declaró que los Estados de Centroamérica eran libres de elegir su propio camino como ellos mismos quisieran decidir. Sin embargo, Filísola y sus tropas permanecieron en la ciudad de Guatemala algún tiempo más, en medio de una creciente hostilidad. América Central avanzaba rápidamente hacia la Independencia de México.

Se celebraron las elecciones para el Congreso centroamericano. Esta Asamblea Constituyente se organizó el 24 de junio de 1823 y declaró *“que las expresadas provincias, representadas en esta Asamblea, son libres e independientes de la antigua España, de México y de cualquiera otra potencia, así del antiguo como del nuevo mundo; y que no son ni deben ser el patrimonio de persona ni familia alguna”*¹². Esta era una reafirmación de la Independencia y declaración contra cualquier forma de monarquía. El nuevo Estado se convertiría en una república formada por las provincias de la antigua Capitanía General de Guatemala.

Filísola y sus tropas mexicanas se marcharon de la ciudad de Guatemala el 3 de agosto de 1823. Filísola permaneció en Chiapas por un tiempo. Fue acusado por los centroamericanos de haber tenido un rol determinante en la decisión de que las provincias centroamericanas permanecieran con México y disolvieran la unión, una decisión que fue tomada bajo coerción y manipulación de los mexicanos, al menos así lo vieron los guatemaltecos. Con la salida de Filísola y su ejército mexicano de Guatemala, se preparó el escenario para el logro del ideal de la unión centroamericana, con Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica como estados componentes. Desafortunadamente, el escenario también estaba preparado para la lucha política y la guerra civil dentro de los diversos Estados y a

¹²En Centro América: Acta de Independencia, ciudad de Guatemala, 1 de julio de 1823, publicada en Marure, vol. I, pp. 179-182.

nivel nacional. De esta situación surgiría, finalmente, Francisco Morazán para encabezar las fuerzas del federalismo liberal.

El 17 de diciembre de 1823, se creó un gobierno nacional para la unión de América Central¹³. Después de un largo y cuidadoso trabajo, se redactó una Constitución Federal que entró en vigor el 23 de noviembre de 1824. Bajo esta Constitución Federal, la República, llamada Federación de América Central, se formaría de los cinco Estados: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica; y su gobierno debía ser popular, representativo y federal¹⁴. El gobierno debía estar formado por:

Un congreso general, compuesto de diputados elegidos por el pueblo, correspondía dictar las leyes que interesasen a toda la nación: formar la ordenanza de las fuerzas nacionales: fijar los gastos de la administración general: dirigir la educación: declarar la guerra: hacer la paz: arreglar el comercio: determinar el valor, tipo y peso de la moneda. A un senado, compuesto de senadores, elegidos por el pueblo, se encomendaba la sanción de la ley y debía dar consejo al Poder Ejecutivo: proponer, en terna, para el nombramiento de los empleados principales de la Federación: velar sobre la conducta de éstos y declarar cuándo había o no lugar a la formación de causa contra los ministros diplomáticos, secretarios de Estado, etc. Un presidente, elegido por el pueblo, debía ejercer el Poder Ejecutivo, y un vice-presidente, elegido también por el pueblo, era llamado a sustituirle en casos de impedimento legítimo. Una corte suprema de justicia, compuesta de magistrados elegidos de la misma manera, debía conocer, en última instancia, de las causas designadas por la Constitución: juzgar en las acusaciones contra el presidente, senadores, enviados, etc. Un congreso en cada Estado, compuesto de representantes elegidos popularmente, debía dictar leyes, ordenanzas y reglamentos, determinar

¹³Sobre la creación de la Federación de Centroamérica y los eventos que condujeron al ascenso de Carrera y la muerte de Morazán en 1842, véase: Jones pp. 34-46; Bancroft, vol. 3, pp. 65-346; *Lorenzo Montufar, Reseña histórica de Centro América* (Guatemala, 1878-81), 5 vols.; sobre los varios esfuerzos de los Estados centroamericanos para preservar su unión, Dana G. Munro, *The Five Republics of Central America* (Nueva York, 1918); un resumen útil de los eventos políticos de Centroamérica desde la Independencia a mediados del siglo XIX es dado por Agustín Gómez Carrillo en su *Compendio de historia de la América Central* (Guatemala, Imprenta “La República”, 1906), pp.169-229. El hondureño Arturo Mejía Nieto provee la biografía más reciente de *Francisco Morazán en su Morazán, presidente de la desaparecida república centroamericana* (Buenos Aires, Editorial Nova, 1947).

¹⁴Marure, vol.1, p. 98.

el gasto de su administración, decretar los impuestos, fijar, en tiempo de paz, la fuerza de línea con acuerdo del Congreso federal, levantar en el de guerra, la que les correspondía, crear la cívica; y erigir tribunales y corporaciones. Un consejo en cada Estado, compuesto de consejeros, elegidos en la forma dicha, debía sancionar las leyes, aconsejar al P. E. y proponer para el nombramiento de los primeros funcionarios. Un jefe, elegido por el pueblo, quedaba encargado del Poder Ejecutivo; y un vicejefe, elegido igualmente por el pueblo, debía hacer sus veces en el caso de justo impedimento. Una corte de justicia, compuesta de magistrados elegidos también popularmente, era en cada Estado el tribunal de última instancia. Los diputados federales debían elegirse en razón de uno por cada 30,000 habitantes, y los senadores a razón de dos por cada Estado; la Corte Suprema de Justicia debía componerse de cinco o siete magistrados elegidos por toda la República¹⁵.

Guatemala tendría 17 representantes en la casa baja del Congreso Federal, El Salvador 9, Honduras 5, Nicaragua 5 o 6 y Costa Rica 2¹⁶. La Asamblea Constituyente que había elaborado esta Constitución para la nueva unión de América Central y la opinión pública que existía estaban divididas en líneas conservador-centralista y liberal-federalista. La ciudad de Guatemala naturalmente tenía un fuerte partido centralista. Los representantes de los Estados y la opinión pública de los Estados, que representaron la numérica mayoría de la nación, generalmente favorecía el federalismo.

Los diputados y los habitantes de los Estados ya tenían un control demasiado estrecho de la ciudad de Guatemala, sede del gobierno de la antigua Capitanía General, y del preponderante Estado de Guatemala. Aunque había una mayoría de representantes del grupo conservador en el cuerpo deliberativo en ese momento, los conservadores tuvieron que ceder ante los liberales decididos y su insistente demanda de una forma de gobierno federalizado y una Constitución Federal¹⁷.

El gobierno de la América Central unida e independiente no perdió tiempo en promover reformas liberales y buscar la abolición de las leyes, los abusos permanentes desde el mismo momento de la liberación del control mexicano. Los funcionarios del antiguo régimen debían ser despedidos de

¹⁵Gaceta del Supremo Gobierno de Guatemala, 25 de noviembre de 1823, citada en Marure, vol. 1, pp. 98-99.

¹⁶Bancroft, vol. 3, p. 76, nota 66.

¹⁷Marure, vol.1, p. 99.

inmediato. Se celebrarían nuevas elecciones en todas partes, en las que el pueblo no elegiría a sus representantes. Todos los títulos de nobleza debían ser abolidos y todos debían ser simples “ciudadanos”. La esclavitud fue abolida por decretos del 17 y 23 de abril de 1824. La inmigración debía ser alentada¹⁸.

El nuevo gobierno modificó drásticamente el antiguo sistema de tributación del Imperio Español, que por mucho tiempo había sido una fuente de irritación y descontento. Tan drásticas fueron las modificaciones que los fondos federales y estatales se vieron comprometidos a tal grado que la región experimentó graves efectos por la falta de ingresos adecuados. Los tributos de indígenas ya habían sido abolidos durante el breve período en que América Central tuvo representación en las Cortes liberales españolas en la lucha con Napoleón, y un subsidio anual de unos 100,000 pesos de México en el período colonial, por supuesto, ya no estaba disponible. El antiguo monopolio español del tabaco y otros monopolios estatales y otros se abolieron, al igual que el antiguo “quinto real” sobre productos de la actividad minera. Se eliminaron las aduanas internas¹⁹.

Los únicos impuestos que se mantuvieron fueron las aduanas marítimas, los servicios postales y el estanco de pólvora. Los impuestos directos fueron creados para reemplazar a sus análogos de los tiempos del Imperio Español, pero estos no crearon ingresos adecuados. En consecuencia, el celo de reforma del nuevo gobierno de las Provincias Unidas colocó al nuevo Estado centroamericano al borde de la bancarrota, lo que condujo a un ambiente político turbulento²⁰.

Los principios establecidos en la Constitución de la unión centroamericana eran altivos y nobles. No obstante, eran demasiado doctrinarios, ya que Centroamérica no era ni una democracia completa ni funcionaba totalmente como un gobierno federal, democrático y republicano. Había muy pocos hombres calificados para guiar el gobierno federal y los gobiernos estatales. Las masas populares eran ignorantes e iletradas y, en consecuencia, habían permanecido inertes bajo el dominio español.

Los partidos Liberal y Conservador, o Servil, tomaron una organización formal completa en la nueva unión nacional y en cada Estado y sus intereses

¹⁸Sobre estas reformas véase Jones, pp. 34 ff; Bancroft, vol.3, pp. 67-78.

¹⁹Ibid.

²⁰Ibid.

y principios opuestos no tardarían en producir disturbios, anarquía y una sangrienta guerra civil. Los liberales miraban al pueblo como un grupo cuya mente política era una tabla rasa, sobre la cual los principios de la era de la Ilustración, “del reino de la ley y la paz”, “del perfeccionamiento del hombre”, en breve, “la gran reforma de la era de la razón”, podían estamparse. Sostenían que había “llegado el tiempo en que la América resuelva para el mundo todo la gran cuestión de la mejora universal de las sociedades” y que “si ella no lo verifica en medio de circunstancias tan felices, muchos siglos no bastarían a producir otras iguales”²¹. Sentían que un fuerte gobierno central sería tiránico y que las diferencias inherentes en la composición de la población, situación geográfica e intereses locales conformaban una suelta federación que era necesaria para la resolución de los problemas nacionales y defensa de la libertad, esa división y diversidad era, justamente, la fuerza de la unión centroamericana.

Con mayor realismo y poco idealismo, los conservadores alegaban que una autoridad dividida dentro de un sistema federal no tendría éxito y que un débil gobierno central acentuaría las diferencias locales que los liberales argüían serían la fuerza de Centroamérica. Naturalmente, los líderes de los conservadores eran hombres de una posición social alta y con una gran riqueza, que contaban con el apoyo del clero. Este grupo apoyaba un gobierno centralizado fuerte, tanto a nivel federal como estatal²².

Personas de opiniones conservadoras, eclesiásticos, nobles familias, españoles, oficiales civiles y militares, a quienes les gustaba pensar en sí mismos como moderados, fueron llamados serviles y aristócratas por sus oponentes radicales, quienes se consideraban liberales en el verdadero sentido. Los conservadores, a su vez, se llamaron exaltados, febles e incluso anarquistas a sus oponentes más radicales.

Para la gran mayoría de los pueblos centroamericanos, incultos y políticamente inexpertos, las teorías gubernamentales tanto de los liberales como de los conservadores no significaban nada. La división y el conflicto entre liberales y conservadores se agudizaron aún más. Las luchas por el poder tuvieron lugar dentro de los Estados individuales y en la unión nacional. Conservadores y liberales se alternaron en el poder en los Estados, ya sea por métodos legales, medios políticos extrajudiciales o por la fuerza de las armas.

²¹Marure, vol.1, p. 96. Sobre las ideas liberales véase Marure, vol. 1, pp. 93-94, 96-97.

²²Véase en Marure, vol.1, pp. 93-96.

Este fermento en los Estados naturales tuvo un efecto nocivo sobre el gobierno nacional de la ciudad de Guatemala, con su organismo débil e imperfecto. Bajo la Constitución Federal era posible que el gobierno central fuera controlado por un partido y el gobierno de cualquier estado por un partido opositor. Estados y grupos que estaban en contra de las políticas federales no tenían ni el más mínimo escrúpulo para oponerse o ignorar, incluso rebelarse si así lo deseaban, contra su administración nacional. Desde un inicio, el gobierno federal tuvo problemas en aplicar su autoridad y difícilmente pudo guiar los destinos de una Centroamérica unificada.

El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica estaban celosos, sospechosos y alarmados por la influencia de Guatemala, que era el Estado más populoso y poderoso de la unión centroamericana. Guatemala tenía muchos más representantes en la Asamblea Nacional que el resto de los Estados. Este descontento se acentuó por el hecho que Guatemala se convirtió en la capital de la Federación y el Estado guatemalteco podía, entonces, fácilmente hacer sentir su influencia sobre el gobierno de la unión centroamericana. Cuando el gobierno estatal fue cambiado de la Antigua a la Nueva Guatemala, este temor aumentó aún más.

El primer Congreso Nacional bajo la Constitución de 1824 inició sus sesiones el 6 de febrero de 1825. Un liberal, Manuel José Arce, fue declarado presidente de la Federación por el congreso. La nueva república se lanzó a su carrera independiente en medio de gran entusiasmo, esperanza y optimismo, a pesar de las diferencias ya existentes en las ideas políticas y la rivalidad de grupo. Pronto se hizo evidente que su curso estaba lejos de ser tranquilo.

Arce fue incapaz de lidiar con los problemas que plagaban el nuevo Estado y, dividido entre las fuerzas liberales y conservadoras, terminó por ofender a los primeros y perder el apoyo de los segundos. Hubo intriga política y agitación en Guatemala y problemas con El Salvador. También surgieron dificultades políticas internas en el Estado de Honduras. Los problemas que enfrentaba empujaron a Arce a disolver el Congreso Federal y a posesionarse del control del Estado de Guatemala. De allí, se celebraron nuevas elecciones en Guatemala, que fueron ganadas por los conservadores, que asumieron el control del Estado. Desde entonces, Arce trabajó con los conservadores de Guatemala, aunque planificó acciones en su contra. Desde la perspectiva de los liberales, Arce se convirtió en

un conservador, habiendo traicionado la causa liberal, y también en un enemigo de los principios políticos de los liberales y de todos sus anhelos.

El Salvador se opuso a Arce y envió un ejército a invadir Guatemala en 1827. Este fue el inicio de la guerra civil de la Federación de Centroamérica, que destrozaría el istmo de un extremo a otro. Este ejército salvadoreño fue repelido y a su vez una fuerza federal comandada en un principio por el mismo Arce, invadió El Salvador. Arce fracasó y regresó a Guatemala, pero un comandante que lo reemplazó obtuvo importantes éxitos en el norte de El Salvador. El área de la ciudad de San Salvador y el sureste del Estado se convirtieron entonces, hacia mediados de 1828, en el centro de una guerra de creciente magnitud.

Además, bajo la influencia de los conservadores, Arce ahora deseaba que el Partido Liberal, que controlaba Honduras, fuera derrocado en ese Estado. José Justo Milla, vicejefe de Honduras, se volvió contra el presidente Herrera y sitió Comayagua, entonces una ciudad principal de algunos miles. Después de ser asediada, Comayagua capituló en abril de 1827 y Herrera fue enviado prisionero a Guatemala. Luego, los liberales fueron destituidos de sus cargos en Honduras y Milla instaló un nuevo gobierno, con la aprobación del Gobierno Federal de Arce.

Fue en esta época cuando el gran paladín del imperio de la ley, la soberanía de los pueblos y la unidad centroamericana bajo el sistema confederal, el militar y estadista, que “*como un meteoro de mal agüero para la causa de los serviles*”²³, apareció en el horizonte. Este era Francisco Morazán, este ilustre nació en la parroquia de San Miguel de Tegucigalpa, Honduras, el 16 de octubre de 1792²⁴. Era hijo de Eusebio Morazán y Guadalupe Quesada, hondureña. El abuelo de Morazán, cuyo nombre era Morazani, era natural de Córcega que emigró a las Indias Occidentales, donde la familia se dedicó a la agricultura; de allí el padre de Morazán se fue a Honduras, donde residió en Tegucigalpa. Cuando Morazán tenía 16 años, la familia se mudó al pequeño pueblo de Moroceli²⁵. Sus antecedentes se trasladaron por lo tanto modesto en extremo.

La educación de Morazán era sólo la que se podía obtener en la Honduras de su tiempo. Trabajó como empleado en una tienda al mismo tiempo.

²³Marure, vol.2, pp. 110.

²⁴Eduardo Martínez López, Biografía del general Francisco Morazán, en *Álbum Morazánico* (Tegucigalpa, D.C., Talleres Tipográficos Nacionales, 1942), p. 5.

²⁵Ibid., pp. 5-6.

Sus grandes logros fueron el resultado de un talento innato, inteligencia y energía impulsora. Los primeros años de su vida y su carrera le dieron un entrenamiento para la política y las fuerzas armadas, una gran grandeza que tardó en alcanzar²⁶.

Era rápido de percepción y siempre mostró una profunda sed de conocimiento. Por naturaleza era impetuoso, pero su impetuosidad estaba templada por el discernimiento. Estaba dotado de un alto coraje personal y de las cualidades de decisión y perseverancia. Inspiró devoción en sus seguidores. Un soldado que había servido a las órdenes de él dijo después de su muerte: “*Cuando murió mi general, envainé mi espada*”²⁷. Bajo la mayor tensión de la guerra y los asuntos de Estado, nunca olvidó su devoción por su familia. Su semblante era superior; su rostro y sus modales eran dignos. Se dice que su voz delataba cierta afectación, incluso un tono afeminado. En asuntos militares estaba lleno de audacia y espíritu de ofensiva. Cuando estaba en desventaja atacaba, sabiendo que la ofensiva es la clave de la victoria.

Con su intrepidez innata, su actividad implacable, su comprensión instintiva de los grandes temas, su habilidad política y su talento militar, fue un hombre “nacido para gobernar”. Los talentos naturales de Morazán fueron reconocidos tan pronto como Centroamérica entró activamente en la vida política. Ya en 1824, se desempeñó como secretario general de Honduras, elegido para ese importante cargo por Herrera, jefe liberal del Estado hondureño. Posteriormente, fue senador y jefe interino de Honduras. Sirvió en estas oficinas con distinción. Se convirtió en un verdadero liberal, incrustado con el ideal de la Unión Federal.

Las políticas de Arce, presidente de la Federación de Centroamérica, y su giro hacia los conservadores que encabezó el vicejefe de Honduras, Milla,

²⁶Sobre la personalidad de Morazán y su carrera temprana véase, Martínez López, pp. 5 ff; Marure, vol. 2, pp. 110-125; Bancroft, vol.3, p. 95, nota 65.

²⁷*En sus Memorias autobiográficas: primera parte* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1898) el estadista guatemalteco Lorenzo Montúfar registra una conversación con Bernardo Rivera, quien había servido con Morazán. Las palabras de Rivera muestran el entusiasmo y la devoción con que los oficiales y hombres de Morazán sirvieron con él. Dijo a Montúfar: “*Cuando murió mi general, envainé mi espada*”. Luego, en palabras de Montúfar: “*Rivera habló extasiado del general Morazán, y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me contó todas las combinaciones militares efectuadas en la noche memorable que precedió al triunfo del Espíritu Santo (una de las mayores victorias de Morazán, ganada el 6 de abril de 1893)*”, pp. 282-283.

con el respaldo de Arce, para moverse contra Herrera y el Partido Liberal de ese Estado, impulsaron a Morazán a su carrera militar. Hasta ahora sus actividades habían sido exclusivamente políticas.

Morazán estaba con Herrera cuando Milla sitió Comayagua en 1827 y Herrera designó a Morazán y otro oficial para colarse a través de las líneas federales sitiadoras para levantar fuerzas para relevar el lugar. Morazán fue rechazado en su esfuerzo por conducir una fuerza de socorro a Comayagua y el pueblo se vio obligado a rendirse. Morazán fue hecho prisionero y llevado a Tegucigalpa por las fuerzas de Milla, a pesar de las promesas de salvoconducto que Milla le había hecho. Escapó y, entusiasmado por la deslealtad de los conservadores, pronto se lanzó a su carrera como líder militar y político nacional que lo llevó a la presidencia de la nación.

Con una pequeña pero efectiva fuerza puesta bajo su mando por Liberales de Nicaragua, donde había ido, Morazán obtuvo una victoria sobre las fuerzas federales del gobierno de Arce en La Trinidad el 11 de noviembre de 1827. A partir de entonces, desde La Trinidad *“la luz iba a fluir a iluminar la libertad”*²⁸. Morazán luego regresó triunfalmente a Comayagua, asumiendo el Poder Ejecutivo en Honduras. El gobierno establecido por Milla con la aprobación de Arce ahora se disolvió y Morazán revocó la administración liberal constitucional y restauró el gobierno legal. Morazán se convirtió en jefe ejecutivo del gobierno liberal del Estado de Honduras. Luego se dedicó a ampliar, organizar y disciplinar su ejército para moverse contra las fuerzas federales de Arce en El Salvador, donde los ejércitos liberales sostuvieron la guerra contra Arce.

En abril de 1828, Morazán estuvo listo y se trasladó a El Salvador, de donde, con la ayuda de refuerzos salvadoreños, expulsó a las tropas del gobierno de Arce en otoño a través de campañas sumamente exitosas, incluso brillantes. Una de las victorias más notables de toda la carrera de Morazán la obtuvo durante estas campañas, la de El Gualcho el 6 de julio.

Como resultado de sus victorias en Honduras, su restauración del gobierno liberal en ese Estado, su invasión de El Salvador y sus triunfos allí, Morazán se había convertido en el hombre popular, y el Partido Liberal vio en él al salvador de las instituciones liberales, vilmente pisoteadas

²⁸Rómulo E. Durón, Prólogo, en *Álbum morazánico*, p. ix; Montufar, *Memorias autobiográficas*, p.179.

por Manuel José Arce desde el año 1826²⁹. A partir de este momento, su ascenso a la suprema jefatura no sería muy rápido.

Sin embargo, con el poderoso gobierno conservador del Estado de Guatemala detrás de él, Arce todavía no tenía poder en la ciudad de Guatemala. Morazán ahora dio vuelta a este problema principal. Negoció con Arce, esperando un arreglo razonado. Estas negociaciones fracasaron, aunque Costa Rica actuó como mediador. En consecuencia, Morazán marchó contra Guatemala con unos 2,000 hombres. Este ejército liberal, que representaba a los Estados de Honduras y El Salvador y a los liberales de Nicaragua, se titulaba “Ejército aliado, protector de la ley”, título que representaba los verdaderos propósitos de Morazán.

Después de una amarga campaña, durante el curso de la cual Morazán enfrentó al principio serios reveses a manos de las tropas del Gobierno Federal de Arce y del Estado Conservador de Guatemala, pero durante la cual algunos distritos importantes de Guatemala, incluyendo Antigua, declararon para él, Morazán finalmente derrotó a sus enemigos y obligó a la ciudad de Guatemala a capitular el 12 de abril de 1829. Esta victoria significó el derrocamiento del Gobierno Federal de Arce y el gobierno Conservador del Estado de Guatemala. Arce y su vicepresidente guatemalteco conservador fueron detenidos.

El victorioso Morazán asumió ahora temporalmente todos los poderes del Estado para la Unión Federal, en espera del restablecimiento del gobierno constitucional e hizo todo lo que estuvo a su alcance para restaurar la paz, el orden y conservar la victoria liberal. Sus acciones fueron vigorosas, incluso inexorables. Los líderes conservadores, que durante algunos meses habían controlado Guatemala arbitrariamente, aplastando toda oposición, fueron proscritos, algunos de ellos exiliados y un liberal fue restituido a la presidencia del Estado de Guatemala.

El Congreso Federal se reunió nuevamente el 22 de junio de 1829, bajo control liberal y José Francisco Barrundia asumió la presidencia de la unión. Morazán, por supuesto, seguía siendo el verdadero poder general en jefe de las fuerzas armadas de la unión, pero no pasó mucho tiempo antes de que regresara al Estado de Honduras para sofocar la oposición renovada allí. Se adoptaron amplias medidas anticlericales por el gobierno,

²⁹Martínez López, p. 27.

no sólo sobre la base de la filosofía política, pero porque la Iglesia apoyó a los conservadores.

Conservadores y la mayoría de liberales eran católicos desde el punto de vista teológico y en sus creencias, aunque la mayoría del clero llamaba a los liberales ateos. Las acciones de los liberales contra la iglesia eran en los campos políticos, económicos y sociales, no en la teología. El arzobispo de Guatemala, Ramón Casaus y Torres, y muchos frailes, dominicanos, franciscanos y recoletos fueron arrestados y expulsados como enemigos del Estado. Otros se fueron voluntariamente. El bajo clero secular permaneció en Centroamérica. Todos los establecimientos monásticos excepto los de los betlemitas fueron suprimidos y sus posesiones, tanto reales como de otro tipo, fueron declaradas confiscadas para el Estado. Tales frailes quedaron descartados de sus túnicas y algunos entraron en actividades seculares. La propiedad de la Iglesia y la apropiación de otras posesiones de la Iglesia y el clero trajeron alguna riqueza para el Estado, de la cual sus enemigos acusaban a Morazán de haberse beneficiado personalmente. A las monjas se les prohibió hacer votos de profesión en el futuro. Se declaró que en lo sucesivo la nación no recibiría ni reconocería dentro de sus fronteras ninguna orden religiosa. Tales medidas naturalmente enfurecieron a la Iglesia y a los conservadores de mentalidad clerical y acumularon problemas futuros³⁰.

El mismo Morazán tomó la batuta en las medidas anticlericales, al emitir los decretos necesarios con apoyo del gobierno. Él no consideraba sus políticas como antirreligiosas, sino como medidas necesarias contra el poder secular de la Iglesia. En un principio, Morazán intentó darle al arzobispo Casaus una oportunidad para que cooperasen y hasta se reunió con él en una ocasión, pero luego comprendió que no habría tregua entre los conservadores y el régimen liberal.

Con los liberales consolidados en el poder, el gobierno se reorganizó y con medidas firmes tomadas contra los conservadores, el ejército victorioso de Morazán se desmovilizó, ya que, según las apariencias, Centroamérica había quedado en paz. Pronto, las fuerzas opositoras comenzaron a aparecer de nuevo, a pesar de las contundentes victorias de Morazán y de sus esfuerzos por mantener la unidad de Centroamérica. Costa Rica,

³⁰Sobre la política de Francisco Morazán hacia la Iglesia Católica véase Mary Wilhelmine Williams, "The ecclesiastical policy of Francisco Morazán", en *The Hispanic American Review*, Vol. III, no. 2 (may, 1920), pp. 119-143.

descontenta con las políticas de El Salvador, se separó de la unión y después de muchas dificultades, el gobierno federal logró persuadirle de regresar a la unión. El gobierno federal chocó con la administración estatal de Guatemala, sobre la cuestión de convertir la ciudad de Guatemala y su comarca en Distrito Federal.

El gobierno estatal se oponía al plan, porque la creación de este distrito reduciría su representación en el Congreso Federal y porque el Estado perdería el control de la tierra y los edificios. Hubo un proyecto presentado por un liberal prominente para reformar la Constitución Federal siguiendo las líneas de la organización de Suiza mediante la abolición de la maquinaria del gobierno federal y la creación de una asamblea para la república que ejercería el Poder Ejecutivo. Esto fue rechazado. Los Estados mostraron poco interés y funcionarios federales, incluido Morazán, se opusieron al plan.

Durante este período general, Centroamérica tuvo que hacer vigorosas manifestaciones contra los ingleses, quienes habían desalojado a los habitantes de Roatán y los habían enviado a la costa norte de Honduras. Los ingleses se retiraron ante las protestas centroamericanas. Los conservadores guatemaltecos, derrotados por Morazán y fracasados en sus primeros intentos de crear una república aristocrática, recurrieron en busca de ayuda al absolutista Fernando VII de España, que nunca había reconocido la independencia de las colonias y deseaba recuperarlas, y al capitán general español en La Habana, anunciando que estaban dispuestos a aceptar la restauración del dominio español.

Los conservadores dieron a conocer su punto de vista hacia España a través de representantes especiales y del exiliado arzobispo de Guatemala, quien se encontraba en La Habana, donde había sido recibido con honores por los españoles. Por su parte, España tenía un ardiente deseo de recuperar sus provincias perdidas si estaba dentro de sus posibilidades. Junto con España, el Papa también se negó a reconocer la Independencia centroamericana. Los liberales ahora, en 1829, con razón temían una posible ocupación española de América Central, especialmente a través de Omoa, la fortaleza-puerto en la costa norte de Honduras, y odiaban a los conservadores más que nunca por su deseo de una intervención española.

Este fue el período en que los españoles enviaron una expedición contra México que ocupó Tampico hasta que, debilitada por la enfermedad, se vio obligada a rendirse a las fuerzas mexicanas. El gobierno federal, el

gobierno de Centroamérica y Morazán, como comandante militar y jefe del Estado de Honduras, se preparaba para defender las costas de cualquier invasión española. El peligro de un regreso por parte de los españoles parecía muy real en ese momento. La cercana Cuba española, con sus tropas y bases navales, era una amenaza siempre presente.

Como contramedidas, el gobierno federal liberal prohibió a los españoles entrar en Centroamérica y cerró los puertos a los barcos y productos españoles. Las propiedades de los españoles fueron declaradas secuestradas hasta que España reconociera la Independencia centroamericana. Algunas de estas propiedades españolas fueron vendidas por el gobierno para obtener los fondos que necesitaba desesperadamente.

Los conservadores proscritos por la legislatura estatal liberal de Honduras que habían huido a Belice británico fomentaron la revuelta en el este de Honduras. La posibilidad de una invasión española de la costa de Honduras, apoyada por los conservadores, tampoco estaba en la mente del gobierno. Morazán fue jefe del Estado de Honduras y comandante supremo del ejército de la Unión. El Congreso Federal, por lo tanto, le dio a Morazán autoridad legal para aplastar la revuelta.

Morazán luego se fue a Honduras. A su regreso a su Estado natal para sofocar la revuelta y prepararse contra una posible intervención española, en Tegucigalpa, el 4 de diciembre de 1829, Morazán dictó un decreto en el cual incluye frases que demuestran su política, su pensamiento y sus ideales. Entre otras declaraciones estaban estas:

No os vengo a hacer la guerra a los pueblos. Conozco muy bien los motivos que los extravían y las causas que impulsan a los unos a obrar en sentido contrario a los otros. He defendido sus derechos, he obrado por su voluntad, y no quería manchar mi conducta con acciones que desmienten los principios que hasta la han dirigido... Yo os invito a la paz, yo os la ofrezco... Por mi parte; yo os ofrezco bajo mi palabra, la garantía más firme de vuestras vidas, de vuestras propiedades, de vuestra seguridad individual. Nadie será perseguido, ni por sus opiniones ni por su conducta política anterior, con tal de buena fe se sometan a la ley y que en lo sucesivo no dé lugar a que por su causa vuelva a encenderse la guerra civil... Yo me presento ante vosotros, sin excepción ninguna, con el olivo, símbolo de la paz y de mis sentimientos, en una mano, y con la espada vengadora de la justicia y de la patria en

la otra. Elegid: vosotros sois árbitros de vuestra suerte o dad a la nación un día en gloria haciendo cesar los males que la afligen, y asegurando al mismo tiempo vuestras vidas, la de vuestras esposas, el respeto a las propiedades y derechos, pues todo lo conserva la paz; o continuad una guerra fratricida que, dando muerte a la patria destruye cuanto no es amable y precioso, y devora todos los bienes de que el hombre puede gozar bajo la influencia de una sociedad ordenada y de la más benéfica legislación³¹.

Los rebeldes en Honduras continuaron en campaña, sin embargo, Morazán los aplastó en la primera parte de 1830. La intervención armada española no se materializó. Ahora habían surgido problemas en Nicaragua y Morazán se preparó para avanzar hacia la pacificación de ese Estado. No era necesario que se mudara a Nicaragua, sin embargo, un comisionado que envió al Estado vecino ajustó las dificultades y, elegido jefe de Estado de Nicaragua, fue instalado en el cargo el 12 de mayo de 1830.

Era más que evidente la necesidad de un líder de la talla de Morazán como presidente constitucional para llevar adelante la unión centroamericana. Había actuado en los asuntos federales con poderes provisionales y extraordinarios y a través de su influencia y posición personal desde sus victorias en Guatemala.

Ante los renovados problemas internos y externos, que requerían la presencia de un líder vigoroso, Morazán fue elegido presidente constitucional en 1830 como resultado de las elecciones a nivel nacional que seleccionaron un nuevo Congreso Nacional, asamblea que abrió sus sesiones el 27 de marzo de 1830. Morazán se encontraba en Honduras cuando fue elegido presidente federal. Aplastada la revuelta en Honduras y con Nicaragua presidida por un partidario suyo, Morazán se encontraba después de algunos meses en condiciones de ir a Guatemala y asumir activamente la presidencia de la Unión Federal. Por lo tanto, regresó allí el 14 de septiembre de 1830 y asumió el cargo.

La Federación de Centroamérica necesitaba, desesperadamente, la paz para que la nación pudiera progresar. Morazán lo sabía. Como presidente hizo todo lo posible bajo las circunstancias para promover el bienestar de la nación. Sus objetivos fueron mostrados por sus palabras sobre su

³¹*Proclama de Morazán*, Tegucigalpa, 4 de diciembre de 1829, publicado en Martínez López, pp. 72-74.

inducción al cargo como jefe ejecutivo de la unión federal. Con respecto a su propia elección declaró:

Los centroamericanos han practicado uno de los actos más dignos de su soberanía, nombrando el que debe colocarse en el Poder Ejecutivo Federal, y yo tengo el honor de haber sido el depositario de su confianza. Confianza tanto más respetable y sagrada para mí, cuanto es de grande y temible a los celosos ojos de la nación. Después de los inmensos peligros a que se vio expuesta en las manos del primer elegido del pueblo... Cuando abracé la causa común, no existía un solo principio de esperanza, si no es para aquellos que desean morir en defensa de la ley. La república se hallaba envuelta en una guerra insensata y fratricida, desacreditando el nombre centroamericano... el pueblo soberano, sin embargo, me manda colocarme en el más peligroso de sus destinos, y debo obedecer sus respetables preceptos, y cumplir el solemne juramento que acabo de prestar en vuestras manos... En su observancia ofrezco sostener a todo trance la Constitución Federal que he defendido como soldado y como ciudadano.

Sobre la educación, Morazán declaró:

La instrucción pública que proporciona las luces, destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad, nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. Por desgracia, hasta ahora mucha parte de la juventud se ve entregada en manos de la ignorancia y de la superstición. Los funestos vicios del sistema colonial se transmiten entre nosotros, de padres a hijos...

Sobre la religión Morazán dijo:

[La Constitución] establece como una de sus bases la santa religión de Jesucristo. Esta ha triunfado del fanatismo que la desacreditaba, y muchos de sus ministros excitaban en su nombre a la matanza y la destrucción, han justiciado con su conducta, la providencia que los separó de la república, y han descubierto, desde el lugar de destierro, las miras criminales del tirano español quien servía. La religión se presenta hoy entre nosotros con toda su pureza... Yo procurase que se conserve intacta, y que proporcionen a los centroamericanos los inmensos bienes que brinda a los que la profesan.

Visionario sobre la unión de toda América, Morazán expresó:

La alianza de los pueblos americanos, aunque se ha frustrado hasta ahora, no está lejos el momento de ser puesta en práctica, esta combinación admirable.

También habló sobre mantener relaciones amistosas con otros poderes, promover la inmigración y desarrollo económico, dentro de lo cual cabía la apertura de un canal en el istmo de Nicaragua.

Morazán opinó:

Y si soy yo el elegido por la Divina Providencia para ejecutar los decretos que aseguren la libertad y sus derechos de un modo estable, serán cumplidos mis ardientes votos. Una ciega obediencia a las leyes que he jurado, rectas intenciones para buscar el bien general, y el sacrificio de mi vida para conservarlo, es lo único que puedo ofrecer en obsequio de tan deseado fin... subo, pues, a la silla del ejecutivo, animado de tan lisonjeras esperanzas.

Siguió su toma de posición con la siguiente declaración: *“El sistema federal sólo puede sostenerse a través de la unión íntima y estrecha de los estados entre sí y con el gobierno federal”*³². Bajo la guía de Morazán hubo de nuevo por un tiempo una brillante esperanza de continuar el orden y el progreso. La agricultura y el comercio comenzaron a revivir. Desafortunadamente, esta feliz condición no duró mucho. Las viejas fuerzas que crearon el desorden, la desunión y la lucha pronto emergieron una vez más. Los conservadores habían sido aplastados temporalmente, pero volvieron a estar activos.

En 1831 se desarrolló un complot conservador mediante el cual el expresidente Arce, ahora en libertad, iba a invadir Guatemala desde México. Hubo otro complot para invadir Honduras con fuerzas reunidas en Belice británico. El fuerte de Omoa y la ciudad de Trujillo, en la costa norte de Honduras, fueron tomados por estos revolucionarios que operaban desde Belice.

Arce y sus hombres fueron derrotados en la invasión de México, pero el insurgente que se había apoderado del fuerte de Omoa izó la bandera

³²Mensaje de Francisco Morazán en ocasión de asumir la presidencia de la Federación de Centroamérica, publicado en Martínez López, pp. 80-83. Véase también el mensaje que Morazán dirigió al Congreso Federal en San Salvador el 21 de marzo de 1836, publicado en Martínez López, pp. 115-119.

española bajo ataque y envió un mensaje al capitán general español de la Habana pidiendo ayuda y declarando que él y sus hombres estaban dispuestos a aceptar la soberanía española. Este barco enviado por los insurgentes llegó a Cuba, y al regreso, cargado con suministros, fue intercedida por las fuerzas del gobierno. Omoa fue capturada por tropas leales y la revuelta fue sofocada. El arzobispo de Guatemala exiliado en la Habana llamó ahora a todos los miembros del clero a retirarse de América Central.

El obispo de Chiapas había apoyado a Arce en su fracasada expedición, e incluso se cree que el mismo gobierno mexicano le brindó su ayuda. Además, Arce había armado su complot junto al nuevo jefe de Estado de El Salvador, José María Cornejo. Después de los desórdenes locales en El Salvador, una nueva asamblea estatal había tomado posesión allí en febrero de 1831 y las acciones de esta asamblea, junto con el complot de Cornejo en conjunto con Arce, despertaron la ira de Morazán y los liberales de Guatemala, y la asamblea guatemalteca advirtió a Cornejo que defendiera las libertades civiles de su Estado. El gobierno del Estado liberal de Guatemala pronto estuvo en desacuerdo con el nuevo gobierno reaccionario del Estado de El Salvador.

Por su parte, cuando le llegaron noticias de las revueltas en Honduras, y ante la posibilidad de una eventual intervención española, Morazán decidió trasladar su cuartel general a la ciudad de San Salvador. Las relaciones entre él y Cornejo eran naturalmente tensas. Aunque Morazán no ingresó a El Salvador con una fuerza armada, Cornejo se declaró en su contra y le ordenó que abandonara el Estado. Sin un ejército disponible para apoyarlo, Morazán no tuvo otra opción. El Salvador luego se separó de la unión federal. Nicaragua votó a favor del gobierno federal frente a El Salvador; Costa Rica también apoyó a Morazán como presidente del gremio. Así, los gobiernos estatales de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica apoyaron a Morazán y al gobierno federal contra el reaccionario y secesionista de El Salvador.

Fracasaron los esfuerzos por arreglar una solución pacífica de esta desconcertante y peligrosa situación y Morazán concentró un ejército, invadió El Salvador, derrotó a las fuerzas de Cornejo en el campo y con 80 hombres tomó por asalto la ciudad de San Salvador el 28 de marzo de 1832. Así, El Salvador fue reincorporado a la unidad federal por la fuerza de las armas y los reaccionarios de ese Estado fueron derrocados. Las reacciones y el descontento de parte de los Estados más pequeños habían

aumentado hacia Guatemala: Estado grande, influyente y políticamente preponderante, en el cual se ubicaba la capital nacional, ciudad de Guatemala.

En esta etapa aparecieron los factores disruptivos de mayor gravedad para la Federación. Otros Estados comenzaron a exigir que se otorgara una representación completamente igualitaria y partes iguales en el gobierno, inmediatamente, sin tener en cuenta las diferencias en la población. Los líderes liberales estaban perturbados por estas demandas y acordaron una representación igualitaria y nuevas elecciones. Sin embargo, algunos de los Estados no llevaron a cabo las elecciones que ahora se convocaban. Este plan de compromiso luego se abandonó y el congreso propuesto no pudo encontrarse. El fracaso de este plan fue lamentable para la república.

La cuestión de la ubicación de la capital nacional en la ciudad de Guatemala, donde el gobierno del Estado tenía sus oficinas, era por supuesto una parte de este problema más amplio. El gobierno federal finalmente transfirió su sede a Sonsonate en El Salvador, en febrero de 1834, y luego a la ciudad de San Salvador en un esfuerzo por solucionar esta dificultad. Esta medida calmó las objeciones por un tiempo, pero luego surgió la disensión entre el gobierno federal y el gobierno estatal de El Salvador. Las luchas entre facciones en El Salvador llevaron al derrocamiento de las autoridades locales el 23 de junio de 1834. El vicepresidente federal finalmente recibió autoridad en El Salvador por parte del gobierno nacional, con el consiguiente descontento en ese Estado.

En un nuevo intento de calmar las aguas turbulentas, la ciudad de San Salvador y algunos pueblos de los alrededores finalmente se convirtieron en un Distrito Federal el 7 de febrero de 1835. Ahora se redactó una nueva constitución, basada en la de 1824, pero diseñada para atender las objeciones de los diversos Estados al instrumento original y al mismo tiempo incorporar los ajustes deseados por ellos. Incluso esta constitución propuesta fue generalmente rechazada; no sólo los conservadores, sino algunos liberales, se opusieron a ella, porque no incluía todos «los cambios sustanciales que habían sido propuestos reiteradamente por las legislaturas estatales». Costa Rica fue el único estado que la aceptó. En consecuencia, esta honesta y un intento fundamentalmente importante de mitigar la disensión y mejorar la situación del gobierno federal fracasó, estrepitosamente Morazán tuvo que imponer préstamos forzosos para financiar sus esfuerzos por mantener unida a la Federación y esta política también despertó oposición en muchos sectores.

Mientras tanto, el fin del mandato de Morazán como presidente federal se acercaba, y en elecciones para nuevos funcionarios nacionales, el científico y figura política José Cecilio del Valle fue electo como nuevo presidente. Valle murió el 2 de marzo de 1834, antes de que pudiera asumir el cargo. En consecuencia, Morazán fue reelecto como presidente para un segundo mandato. A pesar de la vigorosidad y capacidad de Morazán, la situación política de Centroamérica estaba fuera de control: las fuerzas centrífugas inherentes de la región eran demasiado para ser domadas por cualquier persona.

El golpe final al ideal de Federación estuvo a punto de ser asestado por el más grande e influyente de los Estados, Guatemala. El Partido Liberal que había estado en el poder en el Estado de Guatemala desde las victorias de Morazán allá por 1829, había llevado a cabo efectivamente políticas verdaderamente progresistas, pero los conservadores, a pesar de sus reveses, esperaron pacientemente su turno, aprovechando cada oportunidad para causar problemas a sus oponentes. El eventual líder de las fuerzas de la reacción en Guatemala provino de una parte totalmente inesperada de las clases bajas, en lugar de la parte superior, de la que normalmente se esperaba el liderazgo.

Su líder era una figura notable y controvertida, Rafael Carrera, de sangre mixta india, blanca y quizá negra, pero predominantemente india. Totalmente ignorante del aprendizaje de los libros, era de temperamento violento e intolerante, pero al mismo tiempo inteligente, valiente, perseverante y poseía grandes talentos de liderazgo militar y político. Había sido sirviente común, arriero y tamborilero y, posiblemente, cabo en las fuerzas del Estado de Guatemala. Alcanzó un gran número de seguidores entre los indios ignorantes y supersticiosos, ante quienes el clero pronto lo representó como “el elegido de Dios”³³. Los conservadores de clase alta y el clero de Guatemala, con el paso del tiempo, esperaban hacer de Carrera su herramienta, pero al final se convirtió en su amo. Su empuje y talentos nativos lo llevaron a un lugar dominante en Guatemala y eventualmente en América Central.

Carrera comenzó su ascenso al poder a fines de la década de 1830, cuando aún era joven. Como el mayor oponente de Morazán, él no traería la América Central unida y democrática que Morazán se esforzaba por erigir,

³³Véase en Bancroft, vol. 3, pp. 124-126, y las notas al pie de página de ese mismo trabajo que explican los antecedentes de Carrera y su personalidad.

sino que la estrellaría contra el suelo. Con sus seguidores indios iba a introducir por primera vez el elemento alarmante de la guerra racial y el odio en las luchas de América Central.

Apoyado por el clero reaccionario de Guatemala, que pretendía usarlo contra los liberales y que jugaron con la superstición y la ignorancia de las masas indias, Carrera reunió fuerzas entre los indios de las montañas y los llevó a rebelarse. Empleando hábiles tácticas de guerrilla. Al mismo tiempo, varios departamentos de Guatemala se declararon independientes del gobierno liberal del Estado. Las fuerzas rebeldes concentradas en Antigua amenazaron con atacar la ciudad de Guatemala, la capital del Estado (la capital de la Federación ya había sido transferida a San Salvador). En esta coyuntura crítica, el partido Liberal en Guatemala se dividió y algunos de sus miembros se unieron a los conservadores.

Las fuerzas rebeldes se trasladaron a la ciudad de Guatemala en enero de 1838 exigiendo la renuncia del presidente del Estado liberal. Desde la ciudad de San Salvador, Morazán autorizó a un oficial a entablar negociaciones con Carrera, a quien se reconoció como el impulsor de la revuelta. Carrera se negó a negociar con este funcionario autorizado, a pesar de que había llegado a un acuerdo con otros opositores sobre las siguientes bases, que explican claramente la política de Carrera y la del clero que esperaba utilizarlo para sus propios fines: 1) que, inmediatamente, regresara un obispo a Guatemala; 2) que se rescindieran las reformas liberales; 3) que Carrera fuera reconocido como cabecilla de las fuerzas insurgentes. Esta última demanda significaba, realmente, el reconocimiento de Carrera como jefe militar de toda Guatemala³⁴.

El propio Carrera se trasladó entonces a la ciudad de Guatemala y entró en la capital del Estado el 1 de febrero de 1838. Su horda de indios sembró el terror en todas direcciones y nadie se sintió seguro. Las fuerzas del gobierno se retiraron cuando los hombres de Carrera entraron. El jefe de Estado liberal de Guatemala ahora perdió toda su autoridad y fue sucedido por el vicepresidente del Estado. Sin embargo, se llegó a un acuerdo con Carrera, que retiró sus ejércitos, contento por el momento, con una pequeña recompensa para él. A través de este ajuste, Morazán, ni San Salvador, continuó siendo reconocido por Guatemala como presidente de la Federación, y a pesar de toda esta agitación, Guatemala se mantuvo, por los momentos, dentro del pacto federal.

³⁴Bancroft, vol. 3, p. 130.

Sin embargo, la situación era lamentable e incómoda en extremo, ya que los conservadores se esforzaban por sacar el máximo provecho de la situación y Carrera y sus fuerzas eran una amenaza siempre presente para la causa federal. Además, una nueva zona de Guatemala se había desprendido del gobierno estatal; los departamentos del norte y oeste centrados alrededor de Quetzaltenango se habían constituido en un Estado separado, Los Altos. Quetzaltenango, al igual que otras ciudades, tenía su tradición y orgullo local y resentía la dominación de la ciudad de Guatemala de la misma manera que las ciudades y secciones de la república más allá de los límites del Estado de Guatemala. Este nuevo Estado, sin embargo, se mantuvo en la unión y apoyó a Morazán.

Morazán y Carrera pronto se enfrentarían directamente en las primeras fases de una guerra prolongada a muerte. Morazán, a quien la asamblea estatal de Guatemala y los ciudadanos habían apelado a mantener el orden, decidió una acción enérgica ante las incertidumbres de la situación y se mudó a Guatemala desde San Salvador con unos 1,500 hombres. Su primera medida fue intentar conciliar sus diferencias con Carrera, pedirle que jurara lealtad al gobierno federal y que dispersara su ejército. Morazán comenzó a percibir a Carrera como un bandolero y los conservadores dejaron de apoyar los intereses mezquinos del caudillo. A fines de marzo de 1838, dirigieron sus fuerzas contra Carrera. Sus ejércitos salían victoriosos en cada batalla durante el curso de una dura campaña de varios meses en difícil terreno montañoso y Morazán creyó que Carrera había sido superado. Regresó luego a la ciudad de Guatemala.

Los conservadores, temiendo por el momento a la criatura que estaban creando en Carrera y su ejército de indígenas, que fácilmente podría provocar la más sangrienta clase de revuelta social contra las clases altas, ahora buscaban por todos los medios convencer al victorioso Morazán de unirse a su causa. Mediante halagos, lisonja y persuasión, buscaron repetidamente que Morazán se proclamara dictador abierto, uniéndose a los liberales al declarar que Guatemala “debía su existencia únicamente a Morazán”³⁵. Morazán permaneció fiel a sus ideales liberales, democráticos y federalistas, por lo que rechazó, con indignación, las ofertas que le hacían de declararse dictador, una señal de su extrema virtud e integridad como ser humano. Morazán se aferró a sus ideales de soberanía del pueblo y el mandato de la ley. Sobre su rechazo a la dictadura, Morazán dijo: “aceptaré

³⁵Véase en Martínez López, pp. 163-168, en donde se presenta la evidencia de que a Morazán se le ofreció ser dictador y él lo rechazó.

los dictados de la providencia. Aunque tengo enemigos que combatir en todos los extremos y puedo ser derrotado, caeré con honor³⁶.

Si Morazán se hubiera encontrado capaz de dejar de lado sus ideales liberales temporalmente bajo la fuerza de las circunstancias apremiantes que existían y reunió todo el poder directamente en sus manos, podría haber sido mejor para la unión centroamericana. Se necesitaba una mano autoritaria, pero su fe en la soberanía del pueblo lo cegaba ante las exigencias reales del momento. Parece, que tiempo después, el mismo Morazán reflexionó que esta medida hubiera sido la correcta.

Luego de concluir su campaña contra Carrera y luego de su regreso a la ciudad de Guatemala, Morazán fue convocado a El Salvador en julio para sofocar una rebelión. Contrariamente a lo que Morazán creía, el astuto Carrera había estado lejos de ser eliminado por su larga campaña. Reunió e incrementó sus ejércitos tan pronto como Morazán salió de Guatemala y en agosto de 1838 obtuvo victorias sobre las fuerzas federales, ocupó Antigua y marchó sobre la ciudad de Guatemala. Ahora había una demanda universal para la restitución de Morazán al poder, pero no pudo regresar a tiempo para enfrentar la amenaza. Sin embargo, las fuerzas gubernamentales, que sumaban 900, infligieron una sangrienta derrota a Carrera y sus 2,400 hombres y Carrera nuevamente se retiró a las montañas. Allí reorganizó sus fuerzas y volvió a la ofensiva, sólo una vez más para sufrir una seria derrota por parte de las tropas gubernamentales. Carrera fue así nuevamente repelido, pero solo momentáneamente. A pesar de los reveses, no estuvo cerca del triunfo final, pues con una energía implacable volvió a reunir sus fuerzas y en poco tiempo dominó una parte considerable de Guatemala.

Mientras tanto, en otros lugares se habían producido acontecimientos políticos básicamente importantes que, combinados con otras acciones disruptivas que Carrera estaba preparando en Guatemala, conducirían a la disolución final de la Federación Centroamericana. El pantano de la disensión política y el separatismo se convirtió rápidamente en un atolladero infranqueable para los defensores del federalismo. El 30 de mayo de 1838, en vista de la disconformidad con el Estado, el Congreso Federal había decretado que cualquier miembro de la unión tenía el derecho a actuar en cualquier asunto que fuera mejor acorde con sus intereses según su propia

³⁶Martínez López, p. 132.

voluntad, acto que significaba, virtualmente, el desconocimiento del poder federal.

En julio, el Congreso Federal sostuvo sus últimas sesiones; los esfuerzos posteriores para reconvenir a los diputados fracasaron. La segunda presidencia de Francisco Morazán terminó el 1 de febrero de 1839. Con el fin del mandato de Morazán y el fracaso de reconvenir el Congreso Federal, no existían ya lazos legales que sostuviesen la unión de los Estados centroamericanos, con excepción de la constitución. El gobierno federal propiamente había dejado de funcionar.

Morazán ahora asumió la abrumadora tarea de restaurar la Federación. Él y el estado de El Salvador se rehusaron a abandonar las esperanzas. Conservó su cargo como presidente federal, ahora en realidad poco más que una magistratura nominal, y se convirtió en jefe de estado de El Salvador, y organizó todo el apoyo que pudo, aunque sus logros fueron limitados para continuar la lucha contra los opositores de la unión. El Salvador, con Morazán como jefe de estado y también presidente federal nominal, pronto fue el único Estado “Federal” y el único en el que Morazán podía confiar, aunque esperaba que los liberales en otros Estados se organizaran y eventualmente se unieran a él y ayudaran a revivir la unión.

Nicaragua y el propio Estado natal de Morazán, Honduras, habían formado alianza el 18 de enero de 1839, para mantener su respectiva soberanía e independencia. Este acuerdo se le hizo saber a Carrera y lo impulsó a continuar su guerra en Guatemala con más vigor que nunca. Carrera declaró que se proponía defender la soberanía de los diversos Estados como principio que aprobaba. Esta vez, con el gobierno federal solo como una sombra y apoyado por los conservadores guatemaltecos de clase alta, que superaron sus temores recientes y consideraron el momento oportuno para darle el liderazgo nacional, Carrera fue llevado a la ciudad de Guatemala en triunfo final el 13 de abril de 1839. En su determinación de destruir a Morazán, los conservadores habían entrado en alianza formal con Carrera a través de la cual, como comandante de las fuerzas armadas de Guatemala, se convirtió en el poder real del Estado guatemalteco.

A los pocos días de la entrada de Carrera a la ciudad de Guatemala, el jefe de Estado guatemalteco, como títere de Carrera, proclamó disuelto el pacto dirigente y declaró que Guatemala asumía la plena soberanía como Estado independiente. Posteriormente, una Asamblea Constituyente de Guatemala ratificó este decreto. Bajo la guía de Carrera, Guatemala en

mayo de 1839 se alió con Honduras, y en los meses siguientes concluyó acuerdos similares con Nicaragua y Costa Rica. Carrera seguía siendo un nacionalista guatemalteco, pero recién adquirió el poder pronto manifestó su ambición por apoderarse de toda Centroamérica. Para estas fechas, Honduras y Costa Rica pactaron su alianza. Desde noviembre de 1838, Costa Rica se había declarado separada del pacto federal por un decreto emitido por el jefe de Estado Braulio Carrillo. Como el Estado más pequeño de la federación, Costa Rica se había mostrado en descontento con la representación desigual en el Congreso Federal.

Ante tales obstáculos cada vez mayores, y con una Federación solamente nominal, aunque todos los Estados habían expresado voluntad para formar una “convención” de los Estados centroamericanos, la verdad es que en acciones desgarraban la federación y convertían en imposible la tarea de Morazán de revivir la unión. Sin embargo, enfrentó su trabajo sin vacilar y con la más alta resolución. Tropas de los aliados y ahora soberanos Honduras y Nicaragua invadieron El Salvador en marzo de 1838, pero fueron derrotados por Morazán y las fuerzas estatales salvadoreñas, los únicos federalistas que quedaban, en abril.

Morazán obtuvo una de sus victorias más brillantes en esta campaña en Espíritu Santo el 6 de abril de 1839. Los oficiales de Morazán luego invadieron Honduras y al principio tuvieron éxito, tomaron Tegucigalpa y derrotaron a las fuerzas aliadas de Honduras y Nicaragua. Sin embargo, la marea cambió a principios de 1840 y los aliados derrotaron a las fuerzas de Morazán y las expulsaron de Honduras. La deserción final de su Estado natal de Honduras debe haber sido particularmente dolorosa para Morazán. Fue El Salvador, no su Estado natal, el que lo apoyó hasta el fin.

Ahora se formó una coalición conservadora, fuerte y unida contra Morazán y El Salvador. Carrera, cuyo control de Guatemala estaba ahora completo, era por supuesto la piedra angular de esta coalición; Nicaragua, tras un cambio en la opinión popular, también se había vuelto especialmente resuelta a deponer a Morazán de la jefatura de estado de El Salvador. Arrinconado por la marea creciente en su contra y contra el ideal de unión, Morazán tomó la decisión que cabía esperar de un estadista y soldado de su talla. Creyendo que la situación aún podría salvarse mediante un golpe supremamente audaz, decidió atacar a Carrera y sus seguidores conservadores con todas las fuerzas que pudo reunir en su punto más fuerte, la ciudad de Guatemala.

Morazán había esperado que pronto se diera una solución pacífica, no deseaba usar más la fuerza contra Carrera a menos que fuera absolutamente necesario. Si hacía la guerra, sería lo que él consideraba una guerra defensiva. También estaba dispuesto a llegar a un compromiso, si eso fuese posible. Además, advirtió que los conservadores de Guatemala se darían cuenta de lo que habían hecho al llevar al poder a un hombre como Carrera; y eventualmente, desesperados, tendrían que buscar su protección. Al escribirle a un amigo, Morazán dijo lo siguiente sobre Carrera y la política disruptiva de la Guatemala conservadora y sobre su propio deseo de llegar a un acuerdo negociado:

Si el gobierno de Guatemala no ha violado la buena fe en virtud de los tratados, le agradecería que enviara a Carrera a invadir este Estado (de El Salvador) con sus hordas. El gobierno de Guatemala actuará en contra de sus propios intereses. Necesita la paz porque está rodeado de “diplomáticos” que están perturbados por la primera descarga. Pero si quiere la guerra, reconocerá demasiado tarde que no puede hacer que la guerra tenga éxito con hordas armadas. Hago una guerra defensiva, porque el deber y mis obligaciones lo exigen, no porque falten jefes o soldados para hacer marcha militar contra Guatemala, que quieren dirigir los destinos de la república, se convencen de su incapacidad para restablecer el tipo de gobierno que desean sin el apoyo de los que llaman sus enemigos. Si quieren establecer un gobierno que haga la república feliz, encontrarán colaboradores en todas partes. Pero si al mismo tiempo quieren vengarse de sus enemigos, sólo encontrarán obstáculos, hombres de carácter insuperable³⁷.

Sólo cuando Morazán vio que no había esperanza posible de un arreglo razonado con Carrera y los conservadores, decidió una invasión de Guatemala como una medida esencialmente defensiva desde un punto de vista más amplio. Había hecho todos los esfuerzos posibles para negociar con Carrera y llegar a un arreglo pacífico con él. Algunos de sus admiradores consideraban un error esta moderación y creían que Morazán debió haber atacado, contundentemente, de una vez, sin buscar negociaciones. Un biógrafo de Morazán dijo: “los medios pacíficos y morales nunca le dieron un resultado satisfactorio”³⁸. Sin embargo, durante un tiempo

³⁷Carta de Morazán a un amigo, publicada parcialmente en Rafael Reyes, *Vida de Morazán* (San Salvador, 1925), p. 67.

³⁸Martínez López, p. 183.

todavía había esperado un arreglo que traería la paz a la América Central desgarrada por los conflictos. En su afán por lograr la paz y el orden, es criticado por haber detenido su mano en el trato con el “bárbaro” Carrera, las fuerzas que representaba y los conservadores de Guatemala, hasta que fue demasiado tarde.

El nuevo Estado de Los Altos que se había erigido en el noroccidente de Guatemala ahora apoyaba a Morazán y los liberales de todos los departamentos prometieron también brindarle su ayuda. Desafortunadamente, el Estado de Los Altos fue invadido y capturado por las fuerzas estatales de Guatemala a inicios de 1840 y, en consecuencia, se desbarató el plan de atrapar a las fuerzas de Carrera en una maniobra de pinza entre el ejército de Morazán y de Los Altos.

Iniciados los conflictos bélicos, Morazán se preparó para la guerra en Guatemala. Convocó la asamblea estatal de El Salvador, ahora representaba una legislatura federal “oficial”; su vicejefe asumió el Poder Ejecutivo en su nombre, tomó el mando de sus tropas, lastimosamente pocas para la tarea que lo enfrentaba y marchó rápidamente sobre Guatemala. En todo este conflicto de los asuntos de Estado, y ante la desesperada campaña militar, Morazán no se olvidó del bienestar de su familia, a la que era devoto y los envió a buscar asilo en Costa Rica.

Los audaces movimientos de Morazán tomaron por sorpresa a Carrera y a los conservadores de Guatemala. Los funcionarios políticos conservadores estaban consternados. Morazán comandaba más de 1,500 hombres y podría haber tenido éxito a pesar de la escasez de su número si los liberales guatemaltecos hubieran podido ayudar a humear y reforzar su ejército como él esperaba. Con energía despiadada, Carrera ordenó sus fuerzas e impidió la organización de cualquier apoyo a Morazán. No obstante, Morazán superó en general a Carrera, quien pretendía atraparlo entre los fuertes de la ciudad de Guatemala y su propio ejército. Por su audacia, Morazán entró y tomó la ciudad de Guatemala el 18 de marzo de 1840. Carrera con sus tropas indias atacó al día siguiente con fuerzas abrumadoras, sin embargo, después de 24 horas de duro combate, el ejército de Morazán fue destrozado. Se dice que los dos líderes rivales se encontraron personalmente durante una fase del combate.

Morazán logró retirar su ejército roto con solo 400 a 500 hombres y se retiró a El Salvador. Fue una victoria decisiva para Carrera, quien ahora, con su ejército de indios, era más que nunca dueño de Guatemala y de

sus clases conservadoras, que debían aceptarlo sin cuestionamientos. Con Guatemala completamente bajo su control, Carrera pronto deseó hacerse dueño de toda América Central.

El viajero norteamericano, escritor y diplomático que representaba a los Estados Unidos en Centroamérica, John L. Stephens, en su clásico libro *“Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán”* escribió sobre la sangrienta batalla entre Morazán y Carrera en la ciudad de Guatemala. El pasaje captura el febril espíritu de la época y demuestra el fanatismo brutal que surgió en la última guerra civil de la Federación:

[Cuando se supo que el ejército de Morazán se aproximaba a la ciudad de Guatemala] A partir de este momento la ciudad se asentó en una calma volcánica, estremeciéndose con temores de un ataque del general Morazán, de una revuelta de los indios y de una guerra de castas, y sobresaltada por los rumores ocasionales de que Carrera pretendía traer a Guzmán y los prisioneros a la plaza y dispararles. El catorce de marzo se recibió información... que el general Morazán había cruzado el río Paz y marchaba contra Guatemala. Esto se ahogó todas las demás aprensiones. Carrera era el único hombre que podía proteger la ciudad. El día quince salió con novecientos hombres hacia Arazola, dejando la plaza ocupada por quinientos hombres. Gran tristeza se cernía sobre la ciudad. El mismo día llegó Morazán al Coral de Piedra, a once leguas de Guatemala. El día dieciséis los soldados comenzaron a levantar parapetos en las esquinas de la plaza; vinieron muchos indios de los pueblos a ayudar, y Carrera tomó su puesto en la Aceytuna, a una legua y media de la ciudad. El diecisiete Carrera entró cabalgando en la ciudad, y con el jefe del estado y otros, dieron la vuelta para visitar las fortificaciones y despertar al pueblo a las armas. A mediodía volvió a la Aceytuna, y a las cuatro se recibió noticia de que el ejército de Morazán bajaba por la Cuesta de Pinula, última serranía antes de llegar al llano de Guatemala. Las campanas dieron la alarma, y una gran consternación prevaleció en la ciudad. El ejército de Morazán durmió esa noche en el llano.

Antes de amanecer marchó sobre la ciudad y entró por la puerta de Buena Vista, dejando toda su caballería y parte de su infantería en la Plaza de Toros y en las alturas del Calvario, al mando del coronel Cabañas, para vigilar los movimientos de Carrera, y con cien hombres ocuparon la plaza de Guadalupe, depositando

su parque, equipo, cien mujeres (más o menos de las cuales acompañan siempre a una expedición en aquel país), y todo su séquito, en el Hospital de San Juan de Dios. De ahí envió a Pérez y Rivas, con cuatrocientos o quinientos hombres, a atacar la plaza. Estos subieron por una calle que bajaba del centro de la ciudad, y, mientras estaban cubiertos por la cresta de la colina, treparon por encima del muro del patio de la Iglesia de la Escuela de Cristo, y atravesaron la iglesia hasta la calle frente a la casa de la moneda. En el fondo de un lado de la plaza estaban ocupados en hacer un reducto a la puerta veintisiete indios, y hallándose en el suelo veintiséis cuerpos, nueve muertos y diecisiete heridos. Cuando lo vi, el suelo todavía estaba rojo de sangre. Entrando en la casa de la moneda, los invasores fueron recibidos con un fuego asesino a lo largo del corredor; pero, abriéndose paso a la fuerza, rompieron el portal principal y se precipitaron a la plaza. La plaza fue ocupada por los quinientos hombres que dejó Carrera, y dos de los trescientos indios, que se replegaron, se cerraron cerca del pórtico de la Catedral, y en pocos momentos huyeron todos, saliendo de la plaza, con todas sus municiones, en poder de los asaltantes. Rivera Paz y don Luis Batres, el jefe y secretario de Estado, estaban en la plaza en ese momento, y muy pocos ciudadanos blancos más. Carrera no quería soldados blancos y no permitiría que los hombres blancos fueran oficiales. Muchos jóvenes se habían presentado en la plaza y les dijeron que no había armas.

Mientras tanto, Carrera, fortalecido por masas de indios de los pueblos de alrededor, atacó a la división en las alturas del Calvario. Morazán, con una pequeña fuerza partió de San Juan de Dios, fue en auxilio de Cabañas. La batalla duró una hora y media, feroz y sangrienta, y se luchó cuerpo a cuerpo. Morazán perdió a algunos de sus mejores oficiales. Sánchez fue asesinado por Sotero Carrera, hermano del general. Carrera y Morazán se conocieron, y Carrera dice que cortó la silla de Morazán casi en dos. Morazán fue derrotado, perseguido tan de cerca que no pudo tomar su equipaje, y se apresuró hacia la plaza, habiendo perdido trescientos mosquetes; cuatrocientos hombres muertos, heridos y prisioneros, y todo su bagaje. A las diez de la mañana toda su fuerza estaba acorralada en la plaza, rodeada de una masa inmensa de soldados indios, y disparados desde todos los rincones. Manejando los parapetos y apostando piquetes en los techos de las casas, mantuvo un fuego mortificante a cambio. Atrapado en esta temible posición, Morazán tuvo tiempo para

reflexionar. Pero un año antes fue recibido con repique de campanas, cañonazos, aclamaciones jubilosas y delegaciones de ciudadanos agradecidos, como el único hombre que podía salvarlos de Carrera y la destrucción. Entre los pocos ciudadanos blancos que había en la plaza al momento de la entrada de los soldados se encontraba un joven, quien fue hecho prisionero y llevado ante el general Morazán. Este último lo conocía personalmente y preguntó por varios de sus antiguos partidarios por su nombre, preguntando si no venían a unirse a él. El joven respondió que no, y Morazán y sus oficiales parecieron desilusionados. Sin duda había esperado un levantamiento de ciudadanos a su favor, y nuevamente ser aclamado como un libertador de Carrera. En San Salvador había oído que había recibido solicitudes urgentes para subir; pero, fuera lo que fuese lo que se había contemplado, no hubo manifestación de tal intención; al contrario, en sus oídos resonaba el grito ronco: “¡Muera el tirano! ¡Muera el general Morazán!” El sentimiento popular había pasado por toda una revolución, o bien lo reprimían las masas de indios que venían de los pueblos de alrededor a defender la ciudad en su contra.

Mientras tanto el fuego amainó, y a las doce en punto se apagó por completo; pero la plaza estaba sembrada de muertos, densas masas obstruían las calles, y en las esquinas de la plaza los soldados, con grosería y burla, insultaban y se mofaban de Morazán y su gente. El arreglo cesó sólo por falta de municiones, habiéndose dejado el stock de Carrera en posesión de Morazán. Carrera, en su afán de renovar el ataque, se sentó a fabricar cartuchos con sus propias manos.

La casa de Mr. Hall, el vicecónsul británico, estaba a uno de los lados de la plaza. El Sr. Chatfield, el cónsul general, estaba en Escuintla, a unas doce leguas de distancia, cuando se recibió noticia de la invasión de Morazán. Montó a caballo, cabalgó hasta la ciudad e izó la bandera inglesa en la casa del Sr. Hall, para los soldados de Morazán eran el objeto más conspicuo de la plaza. El propio Carrera apenas les resultaba más detestable que el señor Chatfield. Un piquete de soldados estaba estacionado en el techo de la casa, dominando la plaza por un lado y el patio por el otro. Orellana, el ex ministro de guerra, estaba en el techo, y cortó el bastón con su espada, pero desistió de una amonestación desde

el patio de que era la casa del vicecónsul. La ciudad se arrodilló y entonó la Salve o himno a la Virgen, Orellana y otros oficiales de Morazán le habían dejado bajaron al patio, y en ese momento estaban tomando chocolate en la casa del Sr. Hall. La señora Hall, una dama española de la ciudad, preguntó a Orellana por qué no se arrodillaba; y él respondió, en broma, que tenía miedo de que sus propios soldados en el techo lo tomaran por cachureco [o conservador] y lo fusilaran; pero se dice que para Morazán el ruido de este inmenso coro de voces fue espantoso, haciéndole comprender la inmensa fuerza reunida para aplastarlo, y por primera vez expresó su sentido del peligro que corrían. La oración fue seguida por un tremendo estallido de “¡Viva la religión! ¡Viva Carrera! y ¡muera el general Morazán!” y el tiroteo comenzó más bruscamente que antes. Fue devuelto desde la plaza y continuó durante varias horas sin interrupción. A las dos de la mañana Morazán hizo un esfuerzo desesperado por salir de la plaza, pero fue repelido detrás de los parapetos. La plaza estaba sembrada de muertos. Cuarenta de sus oficiales más antiguos y su hijo mayor fueron asesinados; y a las tres puso trescientos hombres en tres esquinas de la plaza, les mandó que abrieran fuego vivo, echó toda la pólvora en la fuente, y mientras la atención se dirigía a estos puntos, salía por los otros... [según el oficial de Guatemala].

Escapó de la ciudad con quinientos hombres, y sembrando el camino de heridos y muertos a las doce llegó a la Antigua. Aquí se enfureció para proclamar la ley marcial y hacer otro ataque a la ciudad; pero él respondió: “no; ya se había derramado suficiente sangre”. Entró en el cabildo y, según se dice, escribió una carta a Carrera recomendando a los presos misericordia; y el barón Machelin, cónsul general de Francia, me contó una anécdota, que sin embargo no parece probable, que puso su guante sobre la mesa y pidió al alcalde que se lo diera a Carrera como desafío y le explicara su significado. Desde allí prosiga su retirada... [hacia El Salvador]

Mientras tanto, los soldados de Carrera irrumpieron en la plaza con un tremendo *feu de joie* y mantuvieron un terrible tiroteo al aire hasta que amaneció. Luego comenzaron a buscar fugitivos y se produjo una masacre general. El coronel Arias, tirado en el suelo con un ojo fuera, fue asesinado a bayonetazos. Pérez recibió

un disparo. Mariscal, escondido bajo la Catedral, fue arrastrado fuera y disparado. Padilla... mientras rogaba a un centralista que conocía que lo salvara, lo mataron a bayonetazos. Los infelices fugitivos fueron llevados a la plaza de dos, tres, cinco y diez a la vez. Carrera se puso de pie señalando con el dedo a este y a aquel hombre, y todos los que indicaba fueron apartados unos pasos de él y fusilados... En esta escena de masacre el padre Zezena, un sacerdote pobre y humilde, expuso su propia vida para salvar a sus semejantes. Echándose de rodillas ante Carrera, le imploró que perdonara a los infelices prisioneros, exclamando, son cristianos como nosotros; y por sus importunidades y oraciones indujo a Carrera a hacerlo. Desistan del asesinato y envíen a los miserables cautivos a la prisión.

Carrera y sus indios tenían todo el peligro y toda la gloria de defender la ciudad. Los ciudadanos, que tenían más en juego, no tomaron parte en él. Los miembros del gobierno más comprometidos huyeron o permanecieron encerrados en sus casas. Difícil sería analizar los sentimientos con que salieron a contemplar la escena de horror en las calles y en la plaza, y vieron en el suelo los rostros conocidos y los cuerpos mutilados de los líderes del Partido Liberal. Había una sensación abrumadora de huida de un peligro inmenso, y el sentimiento del Gobierno Central estalló en su boletín oficial: “¡Gloria eterna al invencible jefe general Carrera, y las valerosas tropas bajo su mando!”³⁹.

Cuando Morazán llegó a San Salvador, que le había sido tan leal, ahora era abiertamente desacreditado por muchos. Todo se había vuelto en su contra. Le era imposible formar un nuevo ejército para continuar la lucha desesperada; no tenía otra alternativa que abandonar la lucha actual. El Salvador lealmente había agotado sus recursos, y Morazán ya no podía esperar apoyo gubernamental de ningún otro lado, aunque había muchos que se habrían unido a él si hubieran podido organizarse. Convocando a una asamblea, anunció su intención de salir de El Salvador para evitar más derramamiento de sangre y anarquía. La Federación Centroamericana había llegado a su fin para todos los fines prácticos, a pesar de los frecuentes esfuerzos por revivirla en años posteriores y sus Estados

³⁹John L. Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (London. Arthur Hall, Virtue and Co. 1854), pp. 285-289.

miembros Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica se habían declarado independientes y soberanos.

Morazán y un grupo de fieles seguidores se embarcaron en el puerto de La Libertad el 5 de abril de 1840 y navegaron hacia el sur. En adelante, Morazán fue un hombre proscrito cuya vida estaba condenada. En Puntarenas, en Costa Rica, donde recaló Morazán, le negó la residencia en Costa Rica el jefe de Estado Carrillo, quien había felicitado a Carrera por su victoria sobre Morazán y hacía tiempo que había sacado a Costa Rica de la unión centroamericana. Morazán se embarcó entonces en Chiriquí, en la actual Panamá, entonces parte de Colombia, donde se reunió con su familia, que había ido allí por considerar desfavorables las condiciones estipuladas anteriormente para su residencia en Costa Rica. Después de algunos meses fue a David, también en Panamá, desde donde, en julio de 1841, emitió un conmovedor y virulento manifiesto contra Carrera y los conservadores que habían destruido la orgullosa Federación Centroamericana y que estaban en curso de revertir todas las políticas que Morazán y los liberales habían resistido y combatido.

Los días de Morazán de glorioso liderazgo hacia un gran ideal habían terminado. Sin embargo, su carrera no había llegado a su fin. Después de algunos meses iba a haber un epílogo trágico. Stephens relata sus encuentros y conversaciones con Morazán en el pueblo de Aguachapan en El Salvador, después de que la causa de Morazán se hubiera hecho añicos sin posibilidad de reparación por su derrota en la ciudad de Guatemala, como lo demostraron los hechos, aunque el propio Morazán ni siquiera entonces estaba de ninguna manera sin alguna esperanza. Stephens escribe con espíritu crítico y palabras bien escogidas, que dan una idea clara de la persona y el carácter de Morazán:

El general Morazán, con varios oficiales, estaba de pie en el corredor del cabildo; un gran fuego ardía frente a la puerta, y una mesa estaba apoyada contra la pared, con una vela y tazas de chocolate sobre ella. Tendría como cuarenta y cinco años, cinco pies y diez pulgadas de altura, delgado, con bigote negro y barba de semana, y vestía levita militar, abotonada hasta el cuello y espada. Se había quitado el sombrero y la expresión de su rostro era apacible e inteligente. Aunque aún joven, durante diez años había sido el primer hombre del país y octavo presidente de la república. Se había levantado y se había sustentado con habilidad

militar y valentía personal; siempre dirigió él mismo sus fuerzas; había estado en innumerables batallas, y a menudo herido, pero nunca derrotado. Un año antes, el pueblo de Guatemala, de ambos bandos, le había suplicado que viniera en su auxilio, como el único hombre que podía salvarlos de Carrera y la destrucción. En ese momento añadió otro a los innumerables ejemplos de la volubilidad del favor popular. Después de la expiración de su mandato había sido elegido jefe del Estado de San Salvador, cargo al que había renunciado, y luego actuó como comandante en jefe del Gobierno Federal. Denunciado personalmente, y desautorizada la Federación bajo la cual servía, había marchado contra Guatemala.

Me lo presentó el coronel Saravia. Por la mejor información que pude adquirir, y por el entusiasmo con que había oído hablar de él a sus oficiales y, de hecho, a todos los demás en su propio estado, había concebido casi un sentimiento de admiración por el general Morazán, y mi interés por él aumentó con sus desgracias. Realmente no sabía cómo dirigirme a él; y mientras mi mente estaba llena de su malograda expedición, su primera pregunta fue si su familia había llegado a Costa Rica, o si había oído algo de ellos. No le dije lo que entonces pensaba, que sus calamidades seguirían a todos los que estaban relacionados con él, y que probablemente a su esposa e hijas no se les permitiría un asilo en ese Estado; pero dice mucho que, en un momento así, con la ruina de sus seguidores ante él, y el recuerdo de sus compañeros asesinados fresco en su mente, en el derrocamiento de todas sus esperanzas y fortunas, su corazón se volvió hacia sus parientes domésticos. Expresó su pena por la condición en que veía a su infeliz país; lamenté que mi visita fuera en un momento tan desafortunado.

Mientras tomaba chocolate el general Morazán me llamó. Nuestra conversación fue más larga y más general. No le pregunté sus planes o propósitos, pero ni él ni sus oficiales mostraron desánimo. Una vez que se hizo referencia a la ocupación de Santa Ana [en El Salvador] por el general Cascara, y con un espíritu que me recordó a Claverhouse en “Old Mortality”, dijo, “pronto visitaremos a ese señor”. Habló sin malicia ni amargura de los líderes del partido Central, y de Carrera como un indio ignorante y sin ley, de quien un día el partido que ahora lo utilizaba se

alegraría de ser protegido... En medio de la fiera del espíritu partidista era imposible que un extraño formara una verdadera estimación del carácter de un hombre público. La gran protesta contra el general Morazán fue la hostilidad hacia la iglesia y los préstamos forzados. Para su hostilidad hacia la iglesia, existe la justificación de que es en este día un paño mortuorio sobre el espíritu de las instituciones libres, degradando y envileciendo en vez de elevar el carácter cristiano, y por préstamos forzados pueden alegarse guerras constantes. Los peores enemigos admiten que fue ejemplar en sus relaciones privadas y, lo que consideran no poco elogio, que no era sanguinario. Ahora está caído y en el exilio, probablemente para siempre, bajo sentencia de muerte si regresa; todos los adoradores de un sol naciente vociferan su nombre y su memoria; pero de verdad creo, y sé que traeré sobre mí la indignación de todo el partido central por la afirmación, de verdad creo que han echado de sus costas al mejor hombre de Centroamérica⁴⁰.

En el exilio en David, en Panamá, con su arraigada sed de conocimiento, Morazán se dedicó al estudio de las ciencias políticas y sociales y al derecho constitucional. Estudió las formas de gobierno establecidas en las naciones hispanoamericanas de América del Sur. Sin renunciar a su idealismo y analizando críticamente el trágico curso del federalismo centroamericano, concluyó ahora que, desde el punto de vista práctico, una forma de gobierno más centralizada era, después de todo, el tipo de organización que Centroamérica necesitaba en las circunstancias existentes. También en este período Morazán se dedicó a escribir sus memorias⁴¹.

Mientras estuvo en David, Morazán recibió lo que debe haber sido para él un tributo gratificante a sus cualidades de estadista y su talento militar del presidente de Perú, el mariscal Agustín Gamarra. Perú estaba entonces a punta de espada con Chile y Bolivia y Gamarra le ofreció a Morazán el importante cargo de Ministro de Guerra o el mando activo de 5,000 soldados, como deseaba Morazán. Morazán al principio se negó, pues soñaba con regresar a Centroamérica, pero después de seis meses decidió aceptar y se embarcó rumbo a Perú. El presidente Gamarra había

⁴⁰Ibid. pp. 273-274, 276.

⁴¹Sobre la vida de Morazán en el exilio y su retorno a Centroamérica véase Martínez López. Las memorias de Morazán han sido publicadas en un folleto del Diario de Centro América (Ciudad de Guatemala) y aparece en fragmentos en Martínez López.

encontrado la muerte en el campo perdido de Ingavi el 18 de noviembre de 1841 en guerra con Bolivia, y así se alteró la posición de Morazán, sin embargo los sucesores de Gamarra en el gobierno peruano lo acogieron.

Aproximadamente después de cuatro meses de su llegada a Lima, Morazán recibió una proclama del jefe de Estado de Nicaragua, que llamaba a todos los centroamericanos que habían emigrado a tierras extranjeras a regresar para defender el territorio contra el imperialismo británico. El ministro de Nicaragua en Perú, también hizo un llamado personal a Morazán para que presentara sus servicios en esta campaña.

Más allá de estos llamados, Morazán había recibido muchas comunicaciones de sus seguidores después de su exilio de América Central instándolo a restaurar el orden en los Estados desgarrados por los conflictos de la antigua federación. Morazán, quien tenía algunos recursos a su disposición, compró municiones, armó y equipó un barco para regresar a una Centroamérica que necesitaba un líder de sus talentos e ideales.

Luego de recalar en Guayaquil, donde conoció al general Juan José Flores, presidente de Ecuador, quien rindió homenaje a sus logros, Morazán zarpó hacia el puerto de La Unión, en el Golfo de Fonseca, adonde arribó en febrero de 1842. Luego de partir a San Miguel, en el sur de El Salvador, regresando a La Unión y navegando a los puertos de La Libertad y Acajutla y yendo tierra adentro a Sonsonante, Morazán regresó a La Unión. Había ofrecido en vano sus servicios al gobierno de Nicaragua, y era sospechoso y enemigo de las autoridades de El Salvador, donde Carrera había instalado un gobierno acorde con sus ideas.

Hubo pronunciamientos a su favor y el gobierno de El Salvador finalmente tuvo que adoptar amplias precauciones militares contra él, tan fuertes eran los indicios de simpatía popular. En vista de estas circunstancias, Morazán, con los reclutas que venían a unirse a él, navegó a la isla de Martín Pérez, en el Golfo de Fonseca, allí pudo formar una expedición con relativa seguridad. Allí reunió una fuerza de 500 hombres y una escuadra de cinco barcos.

Morazán había obtenido información amplia y válida sobre la situación política actual en Centroamérica. A pesar de la oposición de Guatemala, un nuevo movimiento para revivir al menos una unión centroamericana parcial estaba en marcha, patrocinado por el jefe de Estado de Nicaragua, y secundado por Honduras y El Salvador, pero bajo auspicios diferentes a los de Morazán y condiciones diferentes a las que Morazán había

representado. Este nuevo proyecto pasó a ser conocido como el Plan de Chinandega. El tiempo parecía propicio para Morazán desde el punto de vista más amplio, y Costa Rica, inquieta bajo el control de Carrillo, convertido en un déspota ambicioso y con muchos enemigos, parecía lista para recibirlo. En consecuencia, Morazán zarpó hacia Costa Rica y desembarcó en el puerto de la Caldera sin oposición.

Al enterarse de su presencia, Carrillo envió al coronel Villaseñor con casi 1,000 hombres contra Morazán. Sin embargo, Villaseñor llegó a un acuerdo con Morazán, firmó con él la Convención de Jocote el 11 de abril de 1842 y se puso a sí mismo y a sus hombres bajo el mando de Morazán. Mediante la Convención de Jocote se dispuso que se restableciera en Costa Rica el gobierno constitucional, que había sido dejado de lado por Carrillo y que se convocara una asamblea constituyente. Mientras tanto, Morazán asumiría el Poder Ejecutivo en Costa Rica.

Ahora comenzaba lo que bien podría llamarse “Los cien días” de Morazán. Carrillo tuvo que aceptar este arreglo de Jocote, y Morazán y sus tropas entraron a San José sin oposición. Tomando posesión del gobierno, Morazán, fiel a sus promesas de restaurar el gobierno constitucional, anuló todos los decretos arbitrarios de Carrillo, revisó la legislación, revivió la Constitución del estado liberal de Costa Rica que había sido adoptada por primera vez en 1825 y convocó a elecciones para una asamblea constituyente del Estado que debía reunirse el 10 de julio de 1842. Esta asamblea eligió a Morazán como jefe del Estado de Costa Rica.

Morazán luego, una vez más, comenzó a trabajar activamente para una unión centroamericana revivida, esfuerzos que incluyeron preparativos para la acción militar. La asamblea de Costa Rica, por su parte, declaró al Estado parte de la República Centroamericana. No está claro si planeó eventualmente proporcionar un mayor grado de autoridad central para un sindicato centroamericano revivido para mantener a raya a las fuerzas centrífugas después de la disolución del primer sindicato y sus reflexiones en el exilio, pero es posible que tuviera la intención de hacerlo, entonces, ciertamente era más que consciente de la necesidad de una mayor autoridad central.

El éxito de Morazán en Costa Rica, su restauración del gobierno liberal y sus planes para revivir la unión centroamericana sobre bases distintas a las proyectadas por Nicaragua, El Salvador y Honduras, que habían culminado en el Pacto de Chinandega, parecían confirmar los peores temores de Carrera y conservadores por doquier. Había muchos en todos

los países de Centroamérica, que estaban dispuestos a seguir a Morazán, como bien sabían los conservadores y Carrera.

Pronto se pusieron en marcha fuerzas contra él. El reaccionario Carrera y el gobierno de Guatemala, que se negaron a mantener relaciones diplomáticas con Costa Rica después de que Morazán obtuviera el control allí, encontraron un aliado listo en el general costarricense Antonio Pinto. Las fuerzas costarricenses, algunas bajo tenientes de confianza, ahora se volvieron contra Morazán y marcharon hacia San José, donde Morazán, aunque jefe de Estado, tenía solo un puñado de hombres bajo su mando directo. Este puñado de soldados leales resistió el primer asalto de un número cada vez mayor de enemigos, que llamaron al aliado de Carrera, Pinto, para que los dirigiera. Las fuerzas que asediaban a las pocas tropas de Morazán, que se habían fortificado en fuertes edificios en San José, ascendieron a unos 5,000.

Morazán no podía esperar relevo de ningún lado. Finalmente, él y su pequeña compañía lograron escapar a través de las líneas sitiadoras y llegaron a Cartago. Allí fueron capturados. Hubo demandas inexorables por la muerte de Morazán por parte de sus enemigos conservadores en todas partes, a pesar de que ahora era jefe de Estado legítimo y constitucional de Costa Rica. En violación de los principios de derecho, se ordenó su ejecución y traslado a San José. Su testamento, dictado poco tiempo antes de ser ejecutado, Morazán, declaró: “Llevo conmigo hasta la muerte mi amor por Centroamérica”, registró estas palabras:

Excito a la juventud, que es llamada a dar vida a este país que dejo con sentimiento por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo de morir con firmeza antes que dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentra⁴².

Luego, declarando a su leal lugarteniente Villaseñor: “Querido amigo, la posteridad nos hará justicia”⁴³, enfrentó a sus verdugos con toda serenidad. Se dice que él mismo dio tranquilamente al pelotón de ejecución las órdenes de apuntar y disparar. Se necesitaba una segunda andanada para acabar con su vida.

Es una tragedia irónica que su ejecución haya tenido lugar el 15 de septiembre de 1842, vigésimo primer aniversario de la proclamación de

⁴²Testamento de Morazán, publicado en Martínez López, pp. 288-289.

⁴³Martínez López, p. 230.

la Independencia de Centroamérica de España. De su muerte ha escrito un historiador centroamericano: “Al hundirse el sol, desapareció con su hundimiento la luz que, desde el cerro de La Trinidad [escena de la primera gran Victoria de Morazán] iluminaba la libertad”⁴⁴.

Ha habido una serie de esfuerzos para lograr la unión centroamericana desde los días de Morazán, algunos sobre la base de tratados y constituciones, otros por la fuerza, pero la unidad sigue siendo un ideal no alcanzado. Como todos los hombres grandes en espíritu y obra, Morazán fue despreciado por sus enemigos, aclamado por sus seguidores y amigos. Para sus enemigos era un tirano y déspota personalmente ambicioso, deshonesto y enemigo de la Iglesia, la religión y todo lo noble. Algunos, que por lo demás lo miraban con ojos amistosos, sostenían que fue más un guerrero brillante que un estadista, alguien que podía forjar victorias soberbias, pero que tenía la capacidad de construir sobre la base de sus triunfos militares un éxito correspondiente. Algunos sentían, también, que amaba demasiado la gloria militar por sí misma.

Para sus amigos y seguidores, era un alto y noble soldado y estadista, el paladín de la soberanía de los pueblos, del estado de derecho y del ideal de unidad y nacionalidad centroamericana. Su campo de acción y las herramientas con las que trabajaba eran limitados, por lo que en ocasiones se le ha pasado por alto. La altura de sus ideales y la amplitud de sus logros dentro de su esfera, aunque al final fracasó trágicamente, le otorgaban un alto rango entre los grandes hombres de Hispanoamérica. Su espíritu proyecta su sombra sobre la Centroamérica de hoy y de mañana.

Las palabras de Stephen sobre un incidente que presencié en El Salvador después de la derrota decisiva de Morazán en Guatemala en 1840 resumen quizá mejor que cualquier otra cosa las causas y la verdadera tragedia del fracaso de Morazán y su ideal de unión centroamericana: “Los soldados marcharon hacia la plaza [del pueblo donde yo estaba], juntaron sus armas y gritaron ‘¡Viva Morazán!’ Por la mañana el grito era ‘¡Viva Carrera!’ Ninguno gritó ‘¡viva la patria!’”⁴⁵.

⁴⁴Durón, Prólogo del álbum morazánico, p. IX. Montúfar en sus Memorias autobiográficas escribió sobre la ejecución “*el día fatal en que el sol que iluminaba Centroamérica desde la colina de La Trinidad se hundió eternamente*” (p. 179).”

⁴⁵Stephens, p. 270.

Capítulo

02

Dionisio de Herrera, 1783 - 1850: un tributo centenario

Dionisio de Herrera, 1783 - 1850: un tributo centenario

Rafael Heliodoro Valle

En la historia de Centroamérica solo hay un político y estadista que terminó su vida como maestro de escuela. Murió en la pobreza, a pesar de que había heredado una fortuna considerable. Murió desilusionado, con el chasco que les sobreviene a las grandes almas que tienen grandes riquezas espirituales y las regalan o casi las tiran, a pesar de la ingratitude de los demás.

Hace cien años, en la ciudad de San Vicente en El Salvador, murió Dionisio de Herrera (1783-1850). Había vivido los años centroamericanos más terribles de la historia. Había sido testigo de los desastres que sucedieron en los países por cuya libertad y felicidad había trabajado tan heroicamente. Esta fue su mayor decepción. La mayoría de sus compañeros en esa lucha habían muerto desilusionados. José Cecilio del Valle y Francisco Morazán fueron las dos personalidades destacadas de su tiempo que Honduras regaló a Hispanoamérica.

Dionisio de Herrera nació en la ciudad de Choluteca, hijo de una rica familia criolla. Estudió en la universidad de Guatemala donde obtuvo el título de abogado (1820); luego asumió como secretario del gobierno municipal de Tegucigalpa y fue electo diputado a cortes por la provincia de Comayagua. Redactó la Declaración de Independencia política de Tegucigalpa (28 de septiembre de 1821), fue líder político de la lucha por la libertad y fue electo diputado al Congreso Imperial de México (1822).

Como jefe de Estado de Honduras, Herrera tuvo que resistir los ataques del presidente de la Federación de Centroamérica, el general Manuel José Arce, cuya ambición provocó la lucha en la que Herrera fue encarcelado y la capital de su país quemada. El inicio de esa guerra había sido el desacuerdo de Herrera con el vicario general de Comayagua, Dr. José Nicolás Irías. Herrera estuvo preso en Guatemala hasta que las fuerzas victoriosas de Francisco Morazán derrocaron el régimen del presidente Arce y sus seguidores en 1829 y así comenzó la primera Reforma Liberal en Hispanoamérica.

Herrera se reincorporó a la política y fue electo presidente de la asamblea del Estado de Honduras (30 de enero al 8 de abril de 1830) en la que fue representante de Choluteca. Fue enviado a Nicaragua como pacificador y

governó ese país cuando se convirtió en su jefe de estado (1830-1833). Fue elegido para el mismo cargo en El Salvador, pero se negó a aceptar esta nueva responsabilidad. La última vez que apareció en la escena política fue cuando fue elegido vicepresidente de la Asamblea Constituyente de Honduras en 1839.

Herrera, al igual que José Cecilio del Valle, fue alumno de José Antonio Liendo de Goicoechea (1735-1814), uno de los más brillantes maestros del Siglo de la Ilustración en la entonces Capitanía General de Guatemala. El ambiente intelectual de entonces correspondía al activado en México por Alzate y León y Gama, Mociño y Cervantes. Los dos últimos habían participado con José Longinos Martínez en la expedición botánica de Martín Sessé en México y Centroamérica. Otras figuras muy conocidas en Guatemala por su erudición durante ese período fueron el médico José Felipe Flores (1751-1814), el periodista Jacobo de Villaurrutia y el estadista Alejandro Ramírez. Ramírez introdujo muchas plantas nuevas desde la Península a través de Trujillo en Honduras; pero más tarde, en secreto, también trajo muchos libros prohibidos que contenían las ideas de los economistas ingleses y los escritores de la Enciclopedia francesa. Por Belice, muy cerca de Guatemala y Honduras, iban llegando también nuevas ideas y productos industriales. Más tarde, tras la proclamación de la emancipación política, los lectores que deseaban tener noticias de los últimos acontecimientos políticos de Europa y Estados Unidos las obtenían de México y de Filadelfia, que era un punto de concentración de los revolucionarios.

¿Cuál era la situación de Honduras en 1824, cuando Herrera llegó al puesto más alto que le podía dar el Estado? No podría haber sido peor. La provincia, una de las seis incluidas en la Capitanía General de Guatemala, no había sido ayudada por ninguno de sus gobernadores españoles. Fue uno de los más atrasados de Hispanoamérica, a pesar de sus minas, sus tierras de cultivo y su posición interoceánica. Sin escuelas primarias ni secundarias, sin una imprenta, sin ejército y con *“un enorme déficit en medio de un caos que lo oscurece todo”*, tal era el panorama.

Herrera fue un escritor político que mostró por primera vez sus inclinaciones literarias en un discurso que pronunció ante el Congreso el 5 de abril de 1826. Se nutrió de las mejores ideas francesas de su tiempo y estaba bien informado de los acontecimientos en Europa. Era un creyente en la razón y pensó que la razón crecería y progresaría. Criollo patriota, sostenía que el

gobierno español había puesto trabas a la explotación de los recursos con que la naturaleza había dotado al Nuevo Mundo y lamentaba el día en que los conquistadores españoles habían pisado América y se habían hecho dueños de la tierra y del tesoro público.

Herrera era un creyente de la opinión pública, del espíritu público, don Pópulo, como llamaba al pueblo. Para él, la opinión de una minoría selecta: el que buscaba el poder político debía ser el de la mayoría. En un estado de ánimo esperanzado, Herrera preguntó una vez: *“¿Por qué Honduras debería progresar tan lentamente, teniendo los recursos para progresar de la misma manera que los países más avanzados?”*. Al mismo tiempo elogió los talentos y virtudes de sus compatriotas, pero también señaló que *“la conciencia cívica no ha llegado al grado de perfección que debe alcanzar para que nuestra libertad y las instituciones que hemos adoptado produzcan todos los beneficios que deberían y que nos damos cuenta todavía están en un futuro lejano”*.

Herrera, al hablar de las riquezas naturales de Honduras, dijo que su pueblo no necesitaba nada *“para no sentirse inferior a los habitantes de Ática y Lacio, excepto los medios para aprender y desarrollar su intelecto”*. Según él, Honduras podía producir todo lo que hacía la India (té, pimienta, canela) y también abastecer a África de fragancias y perfumes, a Asia de plantas medicinales y a Europa de colorantes y frutas. Plata que después sería de otros, se hallara en mayor abundancia en Honduras que en México y Perú y que su país fue bendecido con más recursos que los países visitados por Colón, Cortés y otros conquistadores. Extraño que su mayor deseo haya sido llevar a *“todos los países, incluso a los más atrasados, la paz, el conocimiento, la riqueza y la felicidad”*. El liberalismo estaba entonces en su fase romántica. Sin embargo, Herrera hablaba de la ciencia de la economía, la importancia de sus ríos para el progreso de Honduras y su opinión de que debía construirse el Canal de Nicaragua, proyecto ante el Congreso Federal de 1825. Conocimiento, mano de obra y fondos, era la tríada necesaria para explotar estos tesoros.

Pero era imposible adquirirlos de inmediato porque era necesario desarrollar una política educativa que permitiera a todos los centroamericanos poseer las riquezas que habían heredado, y esa política ni siquiera podía redactarse, porque apenas se había logrado la emancipación, cuando las intrigas de los codiciosos estallaron.

En cuanto a los fondos, pronto aparecieron en manos de los capitanes de industria ingleses que ofrecían un préstamo unilateral y, cuando no pagaban los intereses, exigían concesiones.

Herrera quería la destrucción de *“los tiranos y el fanatismo”*; esa era también la creencia de los otros grandes americanos de esa época. El general San Martín expresó el mismo sentimiento cuando, con motivo de la inauguración de la Biblioteca Nacional de Lima, dijo: *“La ignorancia es uno de los pilares del caciquismo”*. Estos obstáculos que Herrera trató de sortear existen aún hoy y una de las fórmulas que dio para que el país ocupara un alto lugar en la familia de las naciones fue la buena legislación, *“fuente de donde brota toda justicia y toda felicidad en el orden social”*. El suyo era, sin duda, un optimismo exuberante. ¿No será cierto que bajo el régimen español se decretaron muchas leyes sabias?

Herrera fue un pensador de alta moral. Para él, la política era una labor difícil y cruel. Sacrificó su fortuna personal al deber de servir a su patria y justamente declaró que los intereses individuales, o los de un solo país, no deben anteponerse al bienestar de todos los pueblos. Herrera fue un gran ejemplo durante el siglo XIX en Centroamérica y hubo pocos hombres que pudieran emularlo. Era uno de la gran minoría que decía poco, pero hacía mucho.

Herrera patrocinó *“la igualdad civil, eliminando los privilegios individuales, familiares y comunitarios”*. La familia privilegiada, que ha prevalecido en Centroamérica desde 1821, es una prueba de que su creencia aún se mantiene. Pero, ¿cómo podría luchar contra los privilegios seculares? Dio la respuesta cuando dijo: *“impulsando a fondo la educación pública”*. Así volvemos al *“leit-motiv”* de su creencia principal. Quienes tratan de elevar el nivel de vida de los trabajadores aseguran que la lucha contra el analfabetismo apenas ha comenzado, pero esa lucha no podría ganarse sin la biblioteca pública, que permite al pueblo llegar a la fuente del saber. Herrera señaló la necesidad de establecer imprentas y pensó que el Estado debía dárselas a personas capaces y prudentes. Pensaba que las ciencias debían enseñarse en las escuelas, especialmente la mineralogía. Era un gran creyente en la juventud; esa fue una de las razones por las que eligió a Francisco Morazán para secretario general de gobierno.

Herrera también señaló la necesidad de establecer un banco nacional y afirmó que los fondos públicos muchas veces no producen ganancias

efectivas debido a malas inversiones que impiden que se conviertan en “una fuente constante de riqueza y felicidad pública”.

Herrera fue un eminente estadista que aprovechó sus experiencias diarias y las cosas que aprendió de los nuevos libros. Tuvo que construir su propia lámpara para no perderse en el oscuro laberinto de intrigas en el que deambulan los perversos y engañosos. De haber actuado en un escenario de mayores dimensiones geográficas, sería hoy una de las personalidades más conocidas de Hispanoamérica. Demostró una gran habilidad para conciliar a los disidentes más obstinados y esa habilidad se destacó el 30 de marzo de 1824, cuando era jefe político de Tegucigalpa, y a pedido del alcalde, logró calmar las facciones desordenadas.

Herrera pudo decir: *“A nadie he hecho mal, no sé qué oscuros presentimientos, qué infeliz porvenir, envuelve mi alma en luto y desilusión”*. Sus presentimientos eran los de todos los que dan todo en la lucha por la dignidad del hombre. Para él, gobernar era pensar en el futuro con la cabeza clara; no era favoritismo a los políticos, sino el cumplimiento de nobles deberes, uno de los cuales era encontrar una fórmula para el bienestar de sus conciudadanos.

Capítulo

03

José Cecilio del Valle: académico y patriota

José Cecilio del Valle: académico y patriota

Franklin D. Parker

José Cecilio del Valle es conocido en la historia en gran parte como un pensador y erudito que mantuvo correspondencia con los sabios de Europa, pero que tuvo poca influencia en el mundo práctico de la política. Sin embargo, los hechos de su carrera parecen justificar la conclusión de que sus talentos eran más variados y su influencia más penetrante de lo que sugiere una visión tan restringida de su importancia. Sólo Valle, entre los tres elegidos para la presidencia de Centroamérica, parece haber comprendido plenamente la ventaja, única en la experiencia de las repúblicas de herencia española, de que gozaba la Unión Centroamericana en virtud de su nacimiento sin violencia, y era uno de un pequeño grupo de hombres que buscaban hacer que esta ventaja inicial contribuyera al progreso pacífico y ordenado de la nación hacia la fortaleza y la prosperidad.

Valle era rival tanto de Manuel José Arce como de Francisco Morazán. Que no fue un rival impopular lo prueba el hecho de que recibió más votos electorales presidenciales que Arce en 1825, más que Morazán en 1834, y casi tantos como Morazán, recién salido de la victoria en el campo de batalla, en 1830. Palabras fueron, por elección, las únicas armas de Valle, y el hecho más sorprendente de su vida es que, a pesar de su temperamento pacífico y falta de *glamour* militar, sus esfuerzos no pasaron desapercibidos por la masa de sus compatriotas.

Valle ha sido el tema de una sola biografía, escrita por Ramón Rosa en 1882. Rosa, como Valle oriundo de Honduras, creía que América Central había retrocedido considerablemente en la civilización desde la época de Valle y usó la carrera de Valle para ilustrar su punto. Las principales limitaciones de Rosa como biógrafo fueron un partidismo violento por el Partido Liberal que solo podía permitirle disculparse por ciertos puntos de la carrera de Valle y la falta de algunas de las pruebas sobre la vida de Valle que se han publicado desde entonces. La obra de Rosa, que incluía una selección de los escritos de Valle, permaneció inédita hasta 1906-1913 y luego se imprimió solo en una pequeña edición. La biografía se reimprimió en 1943⁴⁶ y nuevamente como parte de una antología de las obras de Rosa

⁴⁶Ramón Rosa, *Biografía de don José Cecilio del Valle* (Tegucigalpa, 1943).

en 1948⁴⁷. Mientras tanto, han aparecido otras tres publicaciones que tratan sobre Valle, una de ellas editada por Jorge del Valle Matheu de Guatemala y las otras dos preparadas por Rafael Heliodoro Valle de Honduras. El primero (1929-1930) fue una colección nueva y mucho más completa de los artículos y ensayos escritos por Valle durante su carrera pública⁴⁸, el segundo (1934) fue una bibliografía de los libros y artículos que se refieren a la vida de Valle⁴⁹ y el tercero (1943) fue una selección de los escritos de Valle organizados para ilustrar su pensamiento en varias líneas⁵⁰.

Gran parte de la materia prima para una reevaluación del lugar de Valle en la historia ha salido a la superficie. La necesidad de una reescritura de la carrera pública de Valle, que tome en cuenta las nuevas evidencias y al mismo tiempo busque explicar los puntos por los que Rosa sólo se disculpó, parece claramente indicada. Lo que sigue es una revisión de seis fases importantes de la carrera de Valle, que abarca 15 años de su vida, desde 1811 hasta 1826. Aunque los hechos sobre Valle se dan aquí en forma narrativa, como parte de la historia de las Provincias Unidas, este tratamiento no pretende ser una nueva presentación de esa historia en toda su extensión, pero sólo como un relato del papel desempeñado por José Cecilio del Valle.

Valle nació el 22 de noviembre de 1780 en la ciudad de Choluteca. Desde que completó su educación en la Universidad de San Carlos en la ciudad de Guatemala en 1803⁵¹ hasta su muerte el 2 de marzo de 1834, participó en los asuntos públicos como abogado, funcionario del gobierno, delegado al congreso, escritor influyente y candidato a la presidencia. Su muerte fue un hecho dramático y trágico, ocurrido en un camino solitario a las afueras de la capital, mientras la nación que acababa de elegirlo como presidente ni siquiera sabía que había caído gravemente enfermo. Pero

⁴⁷Ramón Rosa, *Oro de Honduras: antología*, Rafael Heliodoro Valle y Juan B. Valladares R., eds. (Tegucigalpa, 1948), I, 33-100.

⁴⁸José del Valle y Jorge del Valle Matheu, eds., *Obras de José Cecilio del Valle* (2 vols., Guatemala, 1929-1930). La biografía de Rosa, muy bien sustentada aparece en el prólogo al volumen I, pp. vii-cxv.

⁴⁹Rafael Heliodoro Valle, *Bibliografía de don José Cecilio del Valle* (México, 1934).

⁵⁰Rafael Heliodoro Valle, *Valle* (México, 1943).

⁵¹Un detallado e interesante escrito sobre el excepcional grupo de hombres que también fueron profesores de Valle en la Universidad de San Carlos, véase Virgilio Rodríguez Beteta, *Evolución de las ideas* (París, 1929). El entusiasmo y la audacia de estos profesores tuvo que haber influido mucho en la formación del carácter de Valle.

la muerte de Valle está bien y elocuentemente descrita por Rosa, quien también sabía tanto como se sabe hoy sobre la vida personal de Valle. Lo que más necesita revisión es el relato del papel que desempeñó en los asuntos públicos durante los últimos 10 años del régimen colonial y los primeros cinco después de la conquista de la Independencia.

La Capitanía General de Guatemala de 1811 a 1818 se dividió en tres campos políticos. El grupo conservador o reaccionario estaba encabezado por el capitán general José de Bustamante y Guerra y el arzobispo Ramón Casaus y Torres, quienes arribaron a Guatemala en 1811.

Ni Bustamante ni Casaus representaron de ninguna manera el espíritu de los liberales que controlaron el gobierno español de 1808 a 1814. Sin embargo, había un gran grupo de hombres educados residentes en la ciudad de Guatemala, miembros del ayuntamiento de la ciudad y de la Sociedad Económica de Amigos del País, que estaban entusiasmados con el nuevo espíritu de liberalismo que emanaba de la madre patria y que, hasta 1814, planeaban un futuro más feliz para la capitanía general bajo el dominio español continuado. También había un grupo de hombres más radicales que incluía a José Francisco Barrundia en la capital y Manuel José Arce en San Salvador. Anhelaban la independencia inmediata de España y con muy escasos recursos intentaron emular el ejemplo de Miguel Hidalgo y Costilla en México.

El panorama centroamericano de 1811 a 1814 se complicó por la interacción de estos tres grupos que luchaban por la supremacía⁵². Hubo tres sublevaciones menores en las provincias, dos de ellas dirigidas por Arce y se descubrió un complot en la capital. Bustamante era severo en el trato a los culpables, pero el leal, pero liberal ayuntamiento de la capital se opuso. Envió protesta tras protesta a España con respecto a las acciones de Bustamante y Casaus, que estaban en desacuerdo con la nueva Constitución de 1812.

Como resultado, desde el regreso del rey Fernando VII a su trono en 1814 hasta la destitución de Bustamante de su cargo en Guatemala en 1818, los liberales del ayuntamiento fueron desaprobados oficialmente junto con los radicales que habían luchado por la Independencia.

⁵²El abordaje más adecuado sobre este período es el de Ramón A. Salazar, *Historia de veintiún años: la independencia de Guatemala* (Guatemala, 1928), pp. 137-172.

Durante el período en el que las acciones y las palabras de los hombres fueron vigiladas de cerca por el régimen de Bustamante, José Cecilio del Valle aparentemente pudo cruzar las vallas lo suficientemente bien como para seguir siendo amigo de dos de los tres grupos opuestos. Solo con el grupo que buscaba la Independencia por la fuerza no tenía nada en común. Con los liberales del ayuntamiento estuvo en constante asociación, especialmente en las variadas actividades de la Sociedad Económica, su órgano principal para la expresión de ideas nuevas o críticas. Al mismo tiempo, continuó como empleado en la administración de Bustamante y recibió de vez en cuando nuevos favores en forma de nombramientos en cargos superiores. En 1815, fue recomendado a Madrid por el arzobispo Casaus como digno de sentarse en una de las audiencias reales, en una Declaración que va más allá para explicar por qué a Valle, el autor de la declaración de Independencia Centroamericana, rara vez se le da crédito por ayudar a traer la Independencia:

Este sujeto [Valle] ha brillado como modelo de lealtad española, de verdadero patriotismo y de heroica adhesión al gobierno legítimo, a pesar de lo que ha tenido que sufrir por esos nobles sentimientos de los dardos de la envidia y perversidad de los inclinados hacia la disolución del estado monárquico. Si los otros estadounidenses de distinción e instrucción lo hubieran imitado, América habría sido feliz y su gente no se habría dejado seducir⁵³.

La única conclusión que se puede sacar de esta declaración y del hecho de que Valle continuó avanzando en autoridad mientras Bustamante estaba en el control es que Valle creía que el imperio español en América continuaría y que basaba su propia ambición en esa creencia. Parece bastante claro que debe haberse abstenido de desacuerdos evidentes con las políticas inmediatas de sus superiores. Sin embargo, en los años liberales de 1811 a 1814, cuando Bustamante tuvo que ser cauteloso al tratar con sus propios superiores, Valle dejó en claro su simpatía por las ideas de los liberales en el ayuntamiento.

⁵³Rosa, *Antología*, p. 45.

A ellos, el 12 de marzo de 1812, les expuso su plan para impartir una clase de economía política que la Sociedad Económica le había encomendado. En él criticaba abiertamente el sistema colonial español por su aislamiento de las ciudades, su incapacidad para fomentar las comunicaciones y la inmigración, sus escasas disposiciones en materia de educación y su política de conceder muchos favores a unos pocos privilegiados a expensas del bienestar general⁵⁴. Los mismos hombres, el 7 de agosto de 1814 pronunció el elogio fúnebre de su gran amigo y maestro, José Antonio de Liendo y Goicoechea, glorificando el nuevo tipo de pensamiento científico del que Goicoechea fue pionero en Guatemala y recordando a sus oyentes que antes de Goicoechea la fe que es propia solo en materia de religión había cegado al pueblo de Guatemala para todos los demás dominios del conocimiento⁵⁵. Estas declaraciones son suficientes para revelar el pensamiento de Valle durante esta etapa de su carrera, públicamente desde 1814 hasta 1820. Bien se puede suponer que mientras duró el régimen colonial, Valle no dijo nada que dañara su propia carrera como parte del régimen.

A principios de 1820, Fernando VII, actuando bajo presión, restauró la Constitución de 1812 que antes se había negado a reconocer y validó todas las leyes aprobadas por las Cortes en virtud de sus disposiciones. El brigadier Gabino Gaínza fue el encargado de entregar copias de las proclamas reales y las leyes rehabilitadas a Guatemala. Las principales consecuencias de esta acción para el futuro de Guatemala fueron dos: la renovación de las elecciones populares para los órganos provinciales y municipales trajo consigo la formación de los primeros partidos políticos de Guatemala. La renovación de la libertad de prensa alentó el comienzo de los primeros periódicos rivales de Guatemala. En ambos desarrollos, Valle desempeñó un papel muy destacado.

El primero de los dos nuevos periódicos fue *El Editor Constitucional*. Su editor fue el doctor Pedro Molina, médico y excompañero universitario de Valle. El primer número apareció el 24 de julio de 1820, luego de que

⁵⁴Ibid., pp. 46-47.

⁵⁵El texto de la referida elogía tal y como apareció en *El Amigo de la Patria*, febrero 19, 1821, *se encuentra en Valle, Obras*, II, 13-24.

un grupo de hombres, entre ellos José Francisco Barrundia, se reuniera con Molina para trazar el rumbo del periódico. El propósito declarado de El Editor Constitucional era llenar el vacío dejado por la desaparición de la Gaceta de Guatemala durante la administración de Bustamante. Su propósito real, como pronto se desarrolló, era difundir ideas revolucionarias. A veces publicaba rumores falsos, como la historia de que el rey estaba a punto de declarar la libertad de culto. A menudo contenía artículos que se ocupaban de los derechos de los americanos y de la insuficiencia de su representación en España. Molina no pretendió que su artículo fuera de gran calidad literaria y es obvio que estaba más interesado en discutir ideas que en presentar hechos fríos. El Editor Constitucional se hizo justamente renombrado como el paladín de la Independencia centroamericana. Sin embargo, con igual justicia puede decirse que Molina no hizo ningún esfuerzo por prever los problemas que vendrían con la Independencia. Toda su preocupación estaba en deshacerse de las muchas injusticias que existían pero, como la mayoría de los revolucionarios, no se dio cuenta de que las utopías no surgen de la noche a la mañana⁵⁶.

El competidor de El Editor Constitucional por la atención del público lector se llamó El Amigo de la Patria. Apareció unos meses después, el 6 de octubre, bajo la dirección de José Cecilio del Valle. Los dos periódicos eran rivales y representaban diferentes puntos de vista sobre algunos problemas. Ocasionalmente, publicaron artículos criticándose unos a otros y alrededor de ellos crecieron los dos partidos políticos. Sin embargo, el propósito principal de Valle al establecer un nuevo periódico no era luchar contra el que ya estaba en circulación⁵⁷. En cambio, propuso realizar una función que Molina estaba descuidando, llevar al público una comprensión de los problemas que enfrentaba Centroamérica y señalar vías de solución.

El tono de El Amigo de la Patria fue claramente elevado, tanto en su estilo literario como en la selección de temas. A Valle no le preocupaban tanto los derechos del ciudadano como las oportunidades de la nación. Abogó

⁵⁶Virgilio Rodríguez Beteta, *Ideologías de la Independencia* (París, 1926), pp.7-130, passim.

⁵⁷Se ha propagado una falsa narrativa que muestra a Pedro Molina luchando por la Independencia, y a Valle lucha contra la Independencia. La base de esta fantasía ha sido una interpretación errónea del *Bosquejo Histórico de las revoluciones de Centro-América desde 1811 hasta 1834* (2 vols., México, 1913) escrito por Alejandro Marure. La verdad fue que Valle también deseaba la Independencia y puede apreciarse en ideologías por Rodríguez Beteta y en *Valle, Obras*, II, 5.240.

con fuerza, en un lenguaje bien razonado y escrito, por oportunidades educativas para las masas, no sobre la base de ningún derecho teórico del hombre común, sino sobre la base del bienestar de toda Centroamérica. Escribió a favor de la planificación económica para incluir a los indios, no para compensar las injusticias pasadas hacia esa raza, sino porque sentía que el país nunca sería rico a menos que la clase más grande de personas pudiera avanzar más allá de una etapa de servidumbre. Muchos de los artículos de Valle, a diferencia de los de Molina, abundan en hechos. Había ensayos sobre varias ramas del conocimiento, otros sobre los recursos de Centroamérica y otros más sobre América en su conjunto. A menudo se imprimía un nuevo decreto, con críticas a sus disposiciones. Pero el enfoque de Valle siempre fue evolutivo, nunca revolucionario. Su interés estaba en construir caminos, cavar un canal interoceánico, organizar escuelas y elevar el estatus de los indios, no en cambiar la forma de gobierno⁵⁸.

A finales de 1820, llegó el momento de las elecciones. Valle se anunció como candidato a primer alcalde de la ciudad de Guatemala. Molina y sus amigos eligieron a sus candidatos para ese puesto y muchos otros. Los miembros del partido de Valle se llamaban los Gazistas, los de Molina los Cacos, ambos nombres de burla elegidos por el lado opuesto. Los Cacos consistían en su mayor parte de los criollos ricos y las clases muy pobres. Los Gazistas incluían a los españoles residentes y a la clase bastante grande de artesanos. Cuando los Gazistas ganaron todos los puestos por los que habían luchado, incluyendo el de Valle, los Cacos probablemente sintieron un creciente deseo de independencia⁵⁹. El propio Molina afirmó, sin embargo, que no todos los Cacos estaban a favor de la Independencia, ni todos los Gazistas se oponían a ella. ¡Tampoco, añadió, todos los Cacos ladrones ni todos los Gazistas borrachos como sus nombres implican!⁶⁰.

El primer paso real hacia la Independencia centroamericana se produjo silenciosamente el 10 de marzo de 1821, cuando se convenció al capitán general Urrutia de delegar su autoridad en Gabino Gaínza. Este último había sido enviado a Guatemala por el rey, por cierto, pero no con la idea de hacerlo capitán general. Sin embargo, las acciones vacilantes de Gaínza

⁵⁸Rodríguez Beteta, *Ideologías*, pp. 133-251, passim.

⁵⁹Marure (*Bosquejo histórico*, I, 11-12) dice que los gazistas sobornaron a los votantes con oro. El relato de Marure fue publicado por primera vez en 1837 y ofrece un testimonio de primera mano de las revoluciones centroamericanas y del incipiente nacionalismo de la región.

⁶⁰Salazar, *Historia de veintiún años*, p. 209.

del próximo medio año no indican ni lealtad ni deslealtad a su rey, sino solo una tendencia a doblegarse con el viento político. Cuando la noticia del Plan de Iguala para la Independencia de México llegó a Guatemala en abril de 1821, denunció públicamente a Agustín Iturbide como un ingrato⁶¹. Pero cuando llegó la noticia el 14 de septiembre de que varias ciudades de la provincia de Chiapas habían declarado su Independencia de España y adhesión al mismo Plan de Iguala, Gaínza accedió a la sugerencia de la diputación provincial de que se convocara a una reunión abierta para decidir el futuro de Guatemala⁶².

El cabildo abierto tuvo lugar a las ocho de la mañana siguiente, en el salón del palacio. Presente y votando estaba un gran número de hombres distinguidos, incluyendo al gobernador, el arzobispo y los miembros de la audiencia, el ayuntamiento y la diputación provincial, así como varios de los principales empleados del gobierno y altos funcionarios de la iglesia. Los sentimientos de los diversos miembros se dieron a conocer, no mediante una votación formal, sino mediante una declaración de cada uno expresando su propio punto de vista. Uno de los discursos más extensos fue el de Valle, quien habló extensamente sobre la justicia de la Independencia, pero afirmó que sólo se debía actuar después de haber consultado a todas las provincias.

Otros discursos, incluido el de José María Castilla, alto en la jerarquía eclesiástica, fueron de acción inmediata. El arzobispo Casaus, que consideraba la separación de España con el mismo aborrecimiento con que habría mirado una propuesta de separación de Roma, vio la desesperanza de su propia posición y suscribió la de Valle. Algunos otros estuvieron de acuerdo, pero el entusiasmo por una declaración inmediata pronto se volvió abrumador. Casaus y otros se retiraron, dejando solo a Gaínza, que había presidido todo el asunto, un comité del ayuntamiento, la diputación provincial y algunos empleados del gobierno. La diputación se convirtió en junta provisional consultiva mediante el nombramiento de varios hombres de la ciudad para representar a las otras provincias, actuando Valle en esa

⁶¹[Manuel Montúfar], *Memorias para la historia de la revolución de Centro-América* (Jalapa, 1832), p. 4. Este libro, que fue autopublicado, es otro testimonio de primera mano sobre estos tiempos.

⁶²J. Antonio Villacorta C., *Historia de la capitania general de Guatemala* (Guatemala, 1942), pp. 507-514. La diputación provincial fue un cuerpo representativo, cuya autoridad databa apenas de 1820 y cuya jurisdicción abarcaba solamente la provincia de Guatemala y no toda Centroamérica.

capacidad por su provincia natal de Honduras. Gaínza favoreció ahora la adopción con la proclamación de la Independencia de una declaración de adhesión al Plan de Iguala. Sin embargo, no habiendo acuerdo sobre este punto, se decidió únicamente declarar la libertad del dominio de España. Valle se encargó de redactar el documento, que se firmó al día siguiente, pero con fecha 15 de septiembre de 1821⁶³.

El comunicado de Valle fue más un plan de acción que una declaración convencional de Independencia. Es claramente el trabajo del propio Valle, porque está escrito a la manera de Valle⁶⁴. Primero viene una presentación de los hechos, no una lista de los derechos del hombre, o una revisión de las injusticias que ha sufrido Guatemala, sino una fría revisión de los eventos que acababa de trascender: 1) El pueblo había mostrado un deseo de Independencia. 2) Se habían recibido noticias de las proclamas en Chiapas. 3) Se había decidido convocar a una reunión para discutir las consecuencias de tan grave acción. 4) El asunto había sido discutido. (5) Se habían escuchado gritos de “Viva la Independencia” de la gente fuera del palacio⁶⁵. Luego siguen 18 artículos que representan los acuerdos que se habían hecho, los más importantes de los cuales son los siguientes: 1) Dado que el deseo general del pueblo es por la Independencia, el “Señor Jefe Político” (Gaínza) ordenará proclamarla para prevenir las consecuencias de una posible acción popular. 2) La notificación debe enviarse a las provincias de inmediato para seleccionar diputados para un congreso que tomará una decisión final sobre el punto de la Independencia. 3) Los diputados serán elegidos a razón de uno por cada 15,000 habitantes, incluidos los negros. 4) Los diputados se reunirán en marzo de 1822, para no retrasar más de lo necesario las decisiones que deben tomar. 5) Hasta que se reúna el congreso, el gobierno continuará con Gaínza a la cabeza y la Junta Provisional Consultiva al mando. 6) La religión católica se mantendrá como en el pasado. 7) Se pide a los preladados de la Iglesia que exhorten al pueblo a la fraternidad y armonía por el bien de la nación. 8) Las autoridades existentes harán todo lo que esté a su alcance para mantener la paz y la tranquilidad “que son la primera necesidad de un pueblo cuando pasa de un gobierno a otro”. 9) Se harán preparativos para un juramento público de Independencia y las ceremonias propias, religiosas y festivas, para acompañarlo.

⁶³M. Montúfar, *Memorias*, pp. 5-7.

⁶⁴El texto de la declaración, tanto de manera impresa como en facsímil del manuscrito original se encuentra en Villacorta, *Historia de la Capitanía General*, pp. 519-529.

⁶⁵Según Marure, Molina y su grupo habían reunido a una multitud para ejecutar este acto.

A través de la redacción de sus primeros cuatro puntos⁶⁶, Valle había logrado en cierta medida ganar su argumento de que la decisión sobre la Independencia debería ser tomada por representantes genuinos de todas las provincias, y no por los residentes de una ciudad y una sola provincia. El interés en el congreso que se convocaría con ese fin era evidentemente muy grande. Su consejo, a través de las palabras de Gaínza a las juntas electorales de las provincias, era “elegir... diputados dignos del pueblo que representarán; los hombres elegidos penetraron con el heroico entusiasmo de América; elegir talentos; buscar un genio lo suficientemente grande como para formar la legislación que nos regirá en el futuro⁶⁷. Como miembro de la Junta Provisional Consultiva, Valle preparó un plan administrativo a seguir hasta que se reuniera el congreso y se interesó particularmente en el asunto de elaborar un sistema sólido de ingresos para el nuevo gobierno⁶⁸.

Mientras tanto, la presunción de Guatemala de hablar en nombre de toda Centroamérica, sea temporalmente o no, estaba dando sus frutos naturales. Cada ciudad importante de las provincias sentía que tenía tanto derecho como la ciudad de Guatemala a decidir su propio futuro. Cada uno hizo su propia declaración, unos adhiriéndose simplemente a la de Guatemala, unos fuertemente a favor de la adhesión al Plan de Iguala y la unión con México, otros igualmente enérgicamente opuestos a tal unión, y uno, el de San Salvador, afirmando la Independencia total de toda la dominación⁶⁹.

El sentimiento de unión con México también existía en la ciudad de Guatemala, donde Mariano de Aycinena, miembro destacado de una de las familias más grandes y ricas de América Central, mantenía correspondencia con Iturbide, sugiriéndole los nombramientos que se podrían hacer para hombres como Gaínza, Valle y Molina para evitar que se opusieran a

⁶⁶En verdad, los primeros seis artículos, después del preámbulo.

⁶⁷“Manifiesto del jefe político a los ciudadanos de Guatemala”, 15 de septiembre de 1821, *Valle, Obras*, I, 7.

⁶⁸“Manifiesto a la nación guatemalana”, 20 de mayo de 1825, *Valle, Obras*, I, 65. Algunos detalles de la vida de Valle de 1821 a 1826 se conocen simplemente por su manifiesto (*Valle, Obras*, I, 64-94) escritos por el mismo Valle. Ya que esta era una defensa política de su carrera, naturalmente enfatiza sus servicios a la nación. Todo lo contenido en ese escrito está verificado con documentación histórica.

⁶⁹Véase los documentos contenidos en Rafael Heliodoro Valle, ed., *La anexión de Centroamérica a México, Archivo histórico diplomático mexicano*, Nos. 11, 24, 40 y Segunda serie, nos. 3, 4 y 7 (México, 1924-1949), I, 14-17, 36-37, 42-44, 70-71; también Alejandro Marure, *Efemérides de los hechos notables acaecidos en la república de Centro-América desde el año de 1821 hasta el de 1842* (Guatemala, 1895), pp. 1-3. Este último trabajo se publicó originalmente en 1844.

la unión⁷⁰. El 28 de noviembre, Gaínza recibió un mensaje de Iturbide, invitando formalmente a Centroamérica a formar parte de México y hablando de una división de soldados “numerosa y bien disciplinada” que había sido enviada a la frontera, aparentemente para ayudar a Gaínza en su decisión⁷¹.

El segundo marqués de Aycinena, hermano mayor de Mariano y miembro de la Junta Consultiva, sugirió que, en lugar de esperar a que el congreso general se reuniera y decidiera el futuro de Centroamérica, se consultara de inmediato a los ayuntamientos de todas las provincias sobre su actitud hacia la unión con México. Su sugerencia fue aprobada y Gaínza envió instrucciones a los ayuntamientos para que tuvieran sus votos sellados a mano en la ciudad de Guatemala a finales de año.

El 5 de enero de 1822, cuando se contaron los votos, se supo que 104 de los ayuntamientos estaban a favor de la anexión, 11 de ellos condicionalmente, 32 conformes a cualquier acción que favoreciera la junta consultiva, 21 a favor de esperar la acción del Congreso y 2 inalterablemente opuestos a la unión⁷². Sesenta y siete de los votos no se habían recibido⁷³. Valle, quien se había opuesto a la acción de los ayuntamientos en primer lugar porque sabía que su plan original para un congreso estaba en peligro de ser superado, ahora expresó su oposición a la unión con México en un lenguaje fuerte. Los ayuntamientos, dijo, se establecieron para cuidar las escuelas primarias y el aseo de las calles, no para decidir el destino de la nación. Ni la junta ni el capitán general, agregó, tenían derecho a tomar una decisión tan trascendental. *“El futuro de una nación depende de sí misma. Sólo Guatemala puede decidir por Guatemala, y esta decisión aún no se ha pronunciado”*⁷⁴. Pero Valle estaba, de nuevo, en la minoría. Centroamérica fue declarada anexa a México y la Junta Provisional fue disuelta el 21 de febrero.

En septiembre, Valle no había dejado que su oposición a una declaración inmediata de Independencia le impidiera participar en el gobierno interino que instauró la declaración. Medio año después, en marzo, no permitió que

⁷⁰R. H. Valle, La anexión, III, 58-61.

⁷¹Ibid., I, 49-53.

⁷²Acta de la Junta Provisional Consultativa, publicada en Marure, *Bosquejo histórico*, I, 172-174.

⁷³Rosa, *Antología*, p. 58.

⁷⁴Valle, *Obras*, I, 66.

su oposición a la unión con México le impidiera aceptar un escaño en el congreso constitucional mexicano. Fue elegido dos veces para este cargo: el 10 de marzo por Tegucigalpa en su Estado natal de Honduras y el 19 de marzo por Chiquimula en su Estado adoptivo de Guatemala⁷⁵. Poco antes había rechazado el cargo de jefe político en San Salvador. Esa provincia, dominada por Arce y su tío, el sacerdote José Matías Delgado, estaba decidida a mantener su completa independencia a pesar de la unión de Guatemala con México. A Valle no le importaba involucrarse en la guerra que probablemente seguiría⁷⁶.

Durante el intervalo entre el 15 de septiembre de 1821 y el 7 de mayo de 1822, cuando Valle dejó a su familia para emprender el largo viaje a la Ciudad de México, aparecieron varios ejemplares memorables de *El Amigo de la Patria*. En el primer número publicado bajo el nuevo régimen, que Valle no tuvo tiempo de sacar hasta el 30 de noviembre, incluyó un ensayo llamado “América” en el que discutía la historia y los problemas, no solo de Centroamérica y el imperio mexicano, sino de todo el hemisferio occidental⁷⁷. Era como si Valle, desilusionado al ver derrumbado su sueño de una Centroamérica unida y libre, hubiera elegido por patria todo el Nuevo Mundo. El 25 de enero, pasó revista a las leyes que España había legado a todas sus colonias, desde *Las Siete Partidas hasta la Recopilación de Leyes de Indias*⁷⁸. El 16 de febrero, publicó un artículo que mostraba la justicia de la Independencia de todas las colonias españolas, sin importar cuándo se hubiera producido su rebelión contra la madre patria -antes de que España tuviera una constitución, después de proclamada la constitución, o después de su revocado⁷⁹. Estos artículos recibieron atención no sólo en Centroamérica sino también en otras partes de Hispanoamérica donde fueron reimpresos. Finalmente, el 1 de marzo, Valle publicó el artículo que lo señala como uno de los primeros defensores, y un defensor muy sincero y capaz, del panamericanismo. “*Escuchen, americanos, mis deseos*”, dijo. “*Están inspirados en el amor a América, que es tu patria querida y mi digno lugar de nacimiento*”. Eran sus deseos que en la provincia de Costa Rica o de León “*se formase un congreso general, más eminente que el de Viena, más importante que las dietas donde se conjugan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos*”.

⁷⁵Ibid., I, 67.

⁷⁶Marure, Bosquejo histórico, I, 28.

⁷⁷Véase el escrito en *Valle, Obras*, II, 188-201.

⁷⁸“Las leyes que tuvimos en la Colonia”, Ibid., II, 158-168.

⁷⁹“La Independencia”, Ibid., II, 169-175.

El congreso se compondría de delegados de “*cada provincia de una y otra América*”. Los delegados debían llevar al congreso informes sobre el “*estado político, económico, fiscal y militar de sus respectivas provincias*”. Su tarea sería formar “*la gran Federación que unirá a todos los estados de América*” y “*el plan económico que los enriquecerá*”. Al final del artículo Valle declaraba: “*América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América durante el día cuando escribo; América en la noche cuando pienso. El estudio más digno de un americano es América*”⁸⁰. Pero Valle el soñador, ciudadano de Centroamérica y aspirante a ciudadano de toda América, ahora tenía que enfrentar la realidad y asumir sus deberes como ciudadano del imperio mexicano. Tres meses después de la aparición de su artículo más famoso, las columnas de El Amigo de la Patria habían sido cerradas definitivamente y su editor estaba en algún lugar de las montañas de Chiapas o las tierras bajas de Tehuantepec, camino de nuevas aventuras políticas en ciudad de México.

Valle no volvió a ver Guatemala hasta febrero de 1824. Su vida en México, con la excepción de un período de seis meses, fue todo menos aburrida. A las cuatro semanas de su llegada, el 28 de julio de 1822, había tomado parte importante en la tarea de redactar una constitución para el imperio y había sido elegido vicepresidente del congreso mexicano. Pero, el 26 de agosto, Valle y un gran número de otros delegados al congreso que se habían opuesto a la voluntad de Iturbide en varios asuntos fueron notificados de que eran prisioneros de Estado. Valle estuvo seis meses en una prisión conectada con el convento de los dominicos, donde pasaba el tiempo estudiando detenidamente viejos manuscritos y periódicos de la extensa biblioteca que los frailes ponían a su disposición. Inmediatamente después de su liberación el 18 de febrero de 1823, fue conducido a la presencia del propio Iturbide y se le ofreció el cargo más alto en el gabinete del imperio, el de secretario de Estado y Relaciones Exteriores. Valle aceptó el cargo y lo ocupó durante un mes.

Su principal logro durante este corto tiempo fue negociar la transición pacífica del gobierno imperial al del congreso. Para Iturbide, obtuvo una pensión y un destierro. El 12 de abril, nuevamente congresista, pronunció un discurso en el que manifestó una vez más su creencia en la nulidad de la anexión de Centroamérica a México. En primer lugar, dijo, nunca se había determinado la voluntad de su pueblo sobre el tema. En segundo lugar,

⁸⁰“Soñaba el abad de San Pedro; y yo también sé soñar”, Ibid., II, 206-209.

el imperio al que se había unido Guatemala ya no existía. El congreso mexicano reconoció el derecho de América Central a elegir su propio destino y sólo pidió que sus diputados permanecieran en la ciudad de México hasta que se tomara la decisión⁸¹. Otra transición pacífica estaba a punto de tener lugar.

Mientras Valle se hacía así un nombre en México, Manuel José Arce ganaba distinción de otra manera en el frente interno. A principios de junio de 1822, como jefe del ejército de San Salvador, defendió con éxito su posición militar y la independencia de la provincia. Cuando el general Vicente Filísola vino de México para tomar el lugar de Gaínza y hacer cumplir la anexión de toda América Central, Arce y Delgado por varias estratagemas lograron retrasar la acción hasta febrero de 1823⁸². Arce entonces partió hacia los Estados Unidos, para buscar la implementación de una resolución aprobada en diciembre anterior por el congreso salvadoreño, poniéndose bajo la protección de los Estados Unidos y pidiendo que San Salvador fuera admitido en su unión⁸³. Filísola aún estaba ocupado en su tarea de pacificación cuando escuchó la noticia de la abdicación de Iturbide. Él mismo convocó entonces a una reunión del congreso largamente retrasado de toda Centroamérica que debía decidir el futuro⁸⁴. El 1 de julio de 1823, el congreso emitió una segunda declaración de Independencia, como Valle había dispuesto en la primera. La nueva nación recibió el título de Provincias Unidas del Centro de América. Cuando José Cecilio del Valle regresó de México y Manuel José Arce de los Estados Unidos a principios del año siguiente, ambos se enteraron de que habían sido elegidos miembros de un triunvirato para gobernar hasta que se pudiera preparar una constitución.

Uno de los primeros problemas del nuevo Poder Ejecutivo fue el restablecimiento de la paz en Nicaragua, donde una larga antipatía entre las ciudades rivales de Granada y León se había convertido en una violenta

⁸¹Ibid., I, 9-20, 68-73 y II, 349-360; R. H. Valle, *La anexión*, II, 277-314, y IV, 127-239 passim.

⁸²Marure, *Bosquejo histórico*, I, 29-34.

⁸³Véase la proclama de Delgado y el tributo a los Estados Unidos el 5 de diciembre de 1822 en R. H. Valle, *La anexión*, II, 400-404.

⁸⁴El texto de este decreto se publicó en Vicente Filísola, *La cooperación de México en la Independencia de Centro América*, en Genaro García, ed., *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, Tomos XXXV-XXXVI (México, 1911), II, 211-221. Este escrito se publicó originalmente con otro título en Puebla, en 1824 y consiste mayormente de la correspondencia de Filísola.

disputa por su desacuerdo sobre la unión con México. Arce quería poner fin al problema haciendo marchar un ejército al lugar, bajo su propio mando. Valle propuso que en su lugar se intentara la mediación. Tomás O’Horán, el tercer integrante del grupo votó con Valle en el tema, como lo hizo con bastante consistencia en todos los asuntos⁸⁵. Para el otoño de 1824, Arce había decidido tomar el caso de Nicaragua en sus propias manos. A la cabeza de un ejército de intervención no autorizado, pudo aquietar la provincia sin derramamiento de sangre, utilizando la amenaza de la fuerza. Mientras tanto, había renunciado a su cargo en el triunvirato, dejando a Valle, O’Horán y un sustituto, José Manuel de la Cerda, para llevar a cabo los asuntos más prosaicos del gobierno⁸⁶.

La tarea de estos hombres no era pequeña. Su informe sobre lo que habían intentado hacer se publicó el 25 de febrero de 1825. La moderación de Valle y la importancia que concedía a la paz como factor de progreso son evidentes en todas partes en el informe⁸⁷. Hay dos cuerpos de opinión, dijo el triunvirato, que podrían fácilmente, al reaccionar el uno al otro, desgarrar a la nación. Para evitar conflictos internos, el Poder Ejecutivo había restablecido la antigua Gaceta como órgano de gobierno y en sus columnas había dado consejos a ambas partes. Al que le había dicho: *“La Independencia es justa, y las instituciones que la sustentan son necesarias. La nación no retrocederá en la Independencia absoluta que ha proclamado...”* Al otro: *“La razón deja de ser razón en el momento en que se excita como las pasiones... En las naciones, como en la naturaleza, nada debe hacerse de repente. Primero se prepara el terreno; la semilla se esparce; se espera su desarrollo gradual; se da tiempo a la cosecha para que madure; y al fin, cuando madura, se cosecha”*.

En el ámbito del orden interno, el gobierno había buscado ser *“uno que prefiriera, no la tranquilidad de los muertos en la tumba, sino la de los hombres vivos que son felices y contentos en el disfrute de sus derechos y las comodidades de su existencia”*. En cuanto a la instrucción pública, el Ejecutivo había traducido el código francés, no con la intención de adoptarlo en su totalidad, sino de utilizar aquellas partes que eran aplicables

⁸⁵Esto no debe de extrañar, porque antes de la Independencia, O’Horán fue miembro de la Real Audiencia, por lo que se entendía bien con el abogado Valle y poco con el soldado Arce.

⁸⁶M. Montúfar, *Memorias*, pp. 28-30; Marure, *Bosquejo histórico*, I, 89-90.

⁸⁷“Memoria sobre el plan de acuerdos y providencias del Supremo Poder Ejecutivo de Guatemala, en el año de 1824 y principios de 1825”, feb. 25, 1825, *Valle, Obras*, I, 47-63.

localmente. También se han traducido libros de texto y se han introducido nuevas materias en las escuelas. Un agente en los Estados Unidos había recibido instrucciones de encontrar a alguien capaz de organizar el sistema lancasteriano de “enseñanza mutua” para proporcionar a las masas los rudimentos de aprendizaje que tanto necesitaban.

En aras de una tesorería saludable, el triunvirato había protestado contra la abolición apresurada de los antiguos impuestos por parte del congreso, había tomado medidas para prevenir el fraude en la recaudación de dinero público, había estudiado las diversas formas de ingresos para recomendar impuesto, planes para el futuro, había contratado un préstamo de siete millones de pesos de Barclay, Herring, Richardson, and Company of England y había buscado orientación en un estudio del sistema de tesorería en los Estados Unidos. Para la protección militar del país, solo había tomado algunas medidas temporales debido a la falta de fondos. En su actitud frente a la economía de la nación, el Poder Ejecutivo había querido recordar que *“el gobierno que con una mano exige el aumento de los impuestos, con la otra procure el aumento de la riqueza nacional”*.

Sus medidas a lo largo de esta línea necesariamente habían sido todas las preliminares de aprender hechos útiles y hacer planes prácticos. Se necesitaban caminos y ríos navegables. También lo eran los nuevos productos del extranjero que podrían adaptarse a la variedad de climas de América Central. La publicidad de productos nativos en otras tierras incrementaría el comercio, y la excavación de un canal en Nicaragua convertiría a ese Estado en un centro del comercio mundial. El Ejecutivo había discutido el proyecto del canal con dos firmas inglesas. También había recibido el reconocimiento de sus tres vecinos continentales más cercanos (Colombia, México y Estados Unidos) y, finalmente, había transmitido la nueva Constitución a los estados de la unión. En general, el gobierno interino de Centroamérica había tenido un año muy ocupado y valioso. José Cecilio del Valle, a quien todos reconocían como el hombre fuerte del triunvirato, estaba estableciendo un récord que no sería olvidado por la nación cuyo bienestar le importaba tan sinceramente.

La redacción de la nueva Constitución por parte de la Asamblea Nacional Constituyente se completó el 22 de noviembre de 1824. Que hubo debilidades en el documento es evidente. Sin embargo, que estos fueran suficientes en número e importancia para hacer inviable el régimen federal es una afirmación extremadamente dudosa. En última instancia, no fue la Constitución la responsable de la corta vida de la federación, sino los

hombres en cuyas manos estaba la responsabilidad de llevar a cabo sus disposiciones. El más importante de estos hombres iba a ser el presidente. Él, al igual que los miembros del senado, el congreso (que no incluía al senado) y la corte suprema de justicia, debían ser elegidos mediante un complicado sistema de “*colegio electoral*” de tres pasos⁸⁸.

Sólo había dos hombres que pudieran ser considerados seriamente para la presidencia en 1825. Uno era Arce, el que había tomado una posición temprana contra el régimen colonial, había defendido los derechos de San Salvador contra el imperio mexicano y recientemente había demostrado que podía “pacificar” una provincia con una demostración de fuerza decisiva. El otro fue Valle, empleado del régimen colonial hasta su fin, secretario de Estado de Agustín Iturbide y, sin embargo, autor de la declaración de Independencia centroamericana, enérgico opositor a la anexión a México y líder del ejecutivo interino. Arce contaba con el respaldo de los liberales. Valle, aunque puede describirse mejor como un hombre sin partido⁸⁹, recibió el apoyo de los conservadores, quienes vieron en él su única oportunidad de vencer a Arce.

El primer Congreso Federal se instaló el 25 de febrero de 1825. El 10 de abril siguiente se procedió a la apertura y escrutinio de los 82 votos emitidos por los electores de distrito, el peldaño más alto de la escala electoral. Se encontró que un voto de San Salvador y uno de Nicaragua no habían llegado antes del plazo predeterminado, y que el voto de Petén, en las selvas del norte de Guatemala, no pudo ser contado porque cada partido allí había realizado su propia elección y envió un voto por su propio candidato⁹⁰. De los 79 votos restantes, 41 fueron para Valle, 34 para Arce y 4 dispersos. Valle tuvo una clara mayoría de los votos escrutados,

⁸⁸El texto de la Constitución se encuentra en Miguel Ángel Gallardo, ed., *Cuatro constituciones federales de Centro América y las constituciones políticas de El Salvador* (San Salvador, 1945), pp. 1-20. Una traducción al inglés apareció en *British and Foreign State Papers, 1825-1886* (Londres, 1848), pp. 725-747. Hubert Howe.

Bancroft, *History of Central America* (The Works of Hubert Howe Bancroft, Vols. VI VIII, San Francisco, 1882-1887), III, 76-77, 79-80, da una interpretación muy engañosa de la organización del Poder Legislativo y la elección del presidente.

⁸⁹Este es uno de los pocos asuntos en que Marure y Montúfar están de acuerdo. Véase Marure, *Bosquejo histórico*, I, 117, y Montúfar, *Memorias*, p. 39.

⁹⁰M. Montúfar (*Memorias*, p. 40) no menciona el voto faltante de Nicaragua y dice que uno de los tres no contados favorecía a un sacerdote. Marure (*Bosquejo histórico*, I, 118) identifica al sacerdote como María Castilla y Valle en su manifiesto otorga su voto a Castilla como uno de los 79 sufragios. Véase Valle, *Obras*, I, 80.

pero le faltó una de tener la mayoría del total elegible para ser emitido. El congreso, si la equidad hubiera sido su principal consideración, habría declarado elegido a Valle sobre la base de su mayoría de los votos contados, o al menos habría esperado los dos votos faltantes para determinar si uno de ellos podría ser para Valle. Pero, como ha sucedido en casos similares en la historia de los Estados Unidos, las “políticas” en lugar de la justicia estaban a la orden del día.

Ciertos conservadores se reunieron en cónclave con el Partido Liberal y acordaron apoyar a Arce en una elección por el congreso. A Arce solo se le pidió que hiciera una declaración de que como presidente atendería los deseos del congreso federal, y no los del gobierno de San Salvador. Los conservadores estaban especialmente preocupados por la acción de ese Estado al establecerse como un obispado separado con Delgado a la cabeza, un movimiento que limitó drásticamente la influencia del arzobispo Casaus. Luego de que Arce hiciera la promesa, el congreso dictaminó que ningún candidato había obtenido la mayoría de los votos electorales y procedió a elegir a Arce presidente y Valle vicepresidente. Valle, provocado por el giro de los acontecimientos, rechazó el cargo menor y se retiró a la vida privada. Cuando José Francisco Barrundia también rechazó la vicepresidencia, alegando que su hermano Juan ya era jefe del Estado de Guatemala, la elección final recayó en Mariano Beltranena, un aristócrata⁹¹.

Valle ahora se dedicó a estudiar y escribir durante casi un año. Dado que las manipulaciones del Congreso se habían llevado a cabo en parte en secreto, pasó algún tiempo antes de que circulara la verdadera historia de las elecciones. En un manifiesto publicado el 20 de mayo, Valle defendió su historial y manifestó su creencia de que le habían robado la presidencia⁹². Su causa fue defendida de manera contundente por un senador de Costa Rica, quien en una larga exposición propuso a la nación rectificar el mal cometido por su congreso⁹³. Pero incluso el senador no estaba proponiendo un levantamiento a favor de Valle y es seguro afirmar que una revuelta era lo

⁹¹Marure, *Bosquejo histórico*, I, 117-120; M. Montúfar, *Memorias*, pp. 39-42; Valle, *Obras*, I, 80-82.

⁹²Valle, *Obras*, I, 64-94.

⁹³José Antonio Alvarado, “Nulidad de la primera elección de presidente de la república de Centro América; y medio legal y pacífico de restablecer el orden constitucional”, agosto 31, 1825, *Valle, Obras*, I, 280-193.

más alejado de la mente de Valle. Por un tiempo se conformó con quedarse en casa con sus libros y emplear parte de su energía en la publicación de un nuevo periódico llamado *El Redactor General*. Varias otras publicaciones periódicas que representan varios puntos de vista habían surgido desde la segunda declaración de Independencia. *El Redactor General*, como en su día *El Amigo de la Patria*, fue el más serio y el más culto de todos. Sus artículos trataban temas tan diversos como la “Instrucción sobre el cultivo y aprovechamiento de la cochinilla, que empieza a ser una de las ramas importantes de nuestra economía”, y “El Estado Político de Europa y el Plan de Alianza que es llamado Sagrado”⁹⁴. Valle también escribió durante este año un prospecto para una historia de Guatemala y envió a Londres una lista de datos sobre la geografía centroamericana para corregir el *Catecismo de geografía* publicado por Rudolph Ackermann⁹⁵.

La tregua política que había dado lugar a la elección de Arce duró muy poco tiempo. Arce, inclinándose cada vez más hacia el punto de vista conservador en varios asuntos en los que sus partidarios de los dos partidos estaban en desacuerdo, fue considerado cada vez menos por su partido original como uno de ellos. Cuando se llevaron a cabo elecciones a fines de 1825 para reemplazar a la mitad del congreso, muchos de los antiguos escaños conservadores fueron capturados por los liberales. Uno de los nuevos miembros era José Cecilio del Valle, quien había sido electo por tres distritos distintos en el estado de Guatemala⁹⁶. A lo largo del año 1826, la línea se fue trazando cada vez más nítidamente entre Arce y los conservadores, por un lado, y los liberales por el otro. Valle fue arrojado por la fuerza de las circunstancias a las filas de los liberales, así como antes se había asociado con los conservadores.

La sesión del congreso celebrada en el segundo trimestre de 1826 fue la última hasta junio de 1829. En el período intermedio de tres años se produjo la primera guerra civil de Centroamérica, que frustró en gran medida los esfuerzos constructivos realizados por este Congreso. No consta que Valle haya tomado parte en la guerra ni en las querellas que la provocaron. Hay registro, sin embargo, del papel que desempeñó como delegado al

⁹⁴Valle, *Obras*, I, LXX-LXXII.

⁹⁵Ibid., I, 95-108. El trabajo de Ackermann se basa en la traducción que hizo J. Baily en 1823 del *Compendio de la historia de ciudad de Guatemala* de Domingo Juarros (2 vols., Guatemala, 1808-1818).

⁹⁶Marure, *Bosquejo histórico*, I, 125; Valle, *Obras*, I, 116.

congreso en 1826, registro suficiente para indicar cuán diferente podría haber sido la historia centroamericana si un hombre de la estatura de Valle hubiera sido presidente en ese momento. Veinte de sus discursos en el Congreso ya están disponibles.

El 28 de marzo, día en que tomó posesión de su cargo de delegado, se pronunció extensamente sobre la conveniencia de que el congreso publique un acta de sus sesiones diarias para beneficio de la ciudadanía. El 16 de mayo, volvió a defender su idea después de haber sido vetada por el Senado⁹⁷. El 11 de abril, consciente de la conveniencia de un levantamiento de los recursos naturales de América Central, solicitó que se hiciera una sugerencia oficial al congreso interamericano reunido en Panamá que todas las repúblicas de América patrocinaran una gran expedición científica para hacer un estudio de todo el hemisferio⁹⁸.

El 17 de abril, se pronunció enérgicamente contra una propuesta hecha en México de que se enviaran tropas mexicanas para ocupar el distrito fronterizo del Soconusco, que fue reclamado por ambas naciones. Al mismo tiempo, advirtió a sus compañeros delegados que no creía que el gobierno mexicano adoptaría las propuestas⁹⁹. El 21 de abril, Valle instó a las distintas comisiones legislativas a trabajar más rápido para que los asuntos importantes pudieran tramitarse y no dejarse ociosos¹⁰⁰.

Del 27 de abril al 18 de mayo pronunció cuatro discursos sobre el proyecto del canal de Nicaragua. Se opuso a las negociaciones entonces en curso con una firma inglesa por varias razones: 1) Ni Charles Beneski, representante de la firma en Centroamérica, ni Aaron Palmer, cuyo nombre era el de la firma, habían ofrecido evidencia de su “*crédito y circunstancias*”. 2) Los términos del contrato propuesto fueron claramente en beneficio de la empresa y en perjuicio de Centroamérica. 3) No se había realizado un estudio adecuado de la ruta del canal para determinar la viabilidad del proyecto. 4) Inglaterra, que había estado tentada en tiempos pasados de

⁹⁷El 21 junio, el congreso aprobó el decreto, ignorando el veto del senado. Véase *Valle, Obras*, I, 116-124.

⁹⁸*Ibid.*, I, 124-126.

⁹⁹*Ibid.*, I, 126-130. Valle estaba en lo correcto en cuanto a su predicción de las acciones de México. El asunto limítrofe fue resuelto en una fecha posterior mediante negociaciones y compromisos.

¹⁰⁰*ibid.*, I, 130-132.

tomar Nicaragua sin un canal, podría verse abrumadoramente tentada de tomar Nicaragua con un canal, si se construyera antes de que América Central fuera lo suficientemente fuerte para protegerla¹⁰¹. El 3 de mayo, Valle tomó tiempo libre de esa serie para objetar la lentitud en el establecimiento de un colegio militar¹⁰². El 20 de mayo defendió el derecho de apelación en los tribunales militares y civiles¹⁰³. Entre el 23 de mayo y el 17 de junio, habló en siete distintas ocasiones en cuanto a la tipificación de los delitos contra el Estado¹⁰⁴. El 29 de junio, pronunció dos discursos finales, uno en contra del procedimiento de unanimidad de votos en los juicios con jurado y el otro instando a la importación de nuevos cultivos de hortalizas¹⁰⁵.

La guerra civil que impidió que surtieran efecto las decisiones del congreso de 1826 se produjo por una serie de incidentes que poco tenían que ver con los problemas reales de Centroamérica. Gran parte del problema fue causado por el uso continuado por parte de Arce de los métodos arbitrarios que antes le habían dado renombre. Al finalizar la guerra, en 1829, Centroamérica tenía un nuevo caudillo en la persona de Francisco Morazán, el general vencedor. Prácticamente una figura desconocida tres años antes, este hábil líder en el campo de batalla era ahora el más destacado defensor del liberalismo y la unión en la nación.

Morazán tuvo la inteligencia, la sinceridad de propósito y la bondad de corazón para ser un presidente digno. Su principal defecto, y el que le hizo perder constantemente fuerza y popularidad una vez que se convirtió en presidente, fue una confianza total en la fuerza para resolver los disturbios internos, con pocos intentos de mediación o un ajuste permanente de los conflictos subyacentes. Su integridad moral básica, sin embargo, parece probada por el hecho de que en 1830 y nuevamente en 1834, cuando pudo haber usado la misma fuerza para asegurarse el cargo de presidente sin la molestia de una elección honesta, optó por permitir que la nación expresara su libre albedrío al respecto. Su principal rival en ambas elecciones fue Valle. En 1830, con Morazán en el esplendor de su gloria, Valle corrió tan cerca de un segundo que Morazán ganó en la elección regular solo porque

¹⁰¹Ibid., I, 132-149.

¹⁰²Ibid., I, 149.

¹⁰³Ibid., I, 149-151.

¹⁰⁴Ibid., I, 151-163.

¹⁰⁵Ibid., I, 163-167.

el congreso adoptó el argumento de Valle sobre la manera en que debería haberse procedido la elección en 1825. En 1834, con la popularidad de Morazán en declive, Valle ganó por una clara mayoría, solo para morir antes de que se contaran los votos. Durante todos los años hasta que fue elegido presidente, Valle no había hecho nada más espectacular que hablar en el congreso y escribir artículos para sus periódicos.

Nadie sabe, por supuesto, si Valle como presidente podría haber salvado a la Unión Centroamericana. Nadie sabe si podría haber tenido éxito en poner en práctica muchas de sus ideas. Uno solo puede estar impresionado por el hecho de que tenía las ideas correctas, al menos en asuntos tan importantes como la necesidad de preservar la paz; que puso en juego esas ideas con éxito en más de una ocasión, como en el manejo de la declaración original de Independencia, de la renuncia de Iturbide y de la separación de Centroamérica de México; y que encontró apoyo genuino para esas ideas en el corazón del pueblo centroamericano. ¿Por qué otra razón, cabe preguntarse, habrían votado por él?

Los contemporáneos de Valle, pronto olvidaron el reconocimiento que le habían otorgado y las altivas ideas que este ilustre centroamericano ostentó, mientras perduraba el recuerdo del impetuoso Arce y del «invencible» Morazán. Arce ha llegado a ser considerado por muchos como el mayor campeón de la Independencia centroamericana. Morazán todavía es ampliamente conocido como un destacado defensor del liberalismo y la federación centroamericana. Pero Valle, cuyos esfuerzos hicieron mucho más que los de Arce para lograr la Independencia tanto de España como de México, y cuyos planes y métodos, si hubiera vivido más tiempo, habría hecho mucho más que los de Morazán para salvar la unión y lograr reforma duradera, ha sido relegada a una relativa oscuridad. Las fases más violentas de cualquier movimiento revolucionario son las que mejor se recuerdan en la mente del público, es cierto. Pero, ¿tienen algún derecho a desplazar los factores menos sensacionalistas en el pensamiento del historiador? Los estudiosos del movimiento de Independencia en América Latina han reconocido durante mucho tiempo la importancia de los factores no militares en los acontecimientos que llevaron a las revoluciones¹⁰⁶. Quizá ha llegado el momento de un estudio más cuidadoso de los factores no militares en las revoluciones mismas y de un mayor reconocimiento del papel que desempeñaron hombres como José Cecilio del Valle en la creación de todas las nuevas naciones.

¹⁰⁶Rosa, *Antología*, p. 84.



HONDURAS
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA

“Ordeno desenterrar el pensamiento, la imagen gigantesca de la figura del General José Francisco Morazán Quesada”

Constructores de la Nación, Soñadores de la Federación:

En este libro se presentan por primera vez en español escritos sobre tres hondureños que marcaron su época y cuyo legado se mantiene vivo hasta nuestros días: Francisco Morazán, Dionisio de Herrera y José Cecilio del Valle.

Estas cortas biografías fueron escritas en inglés en la década de 1950, para ser leídas por personas que nada conocían del tema. Son síntesis fundamentadas en información histórica, diseñadas para que el lector conozca la vida y obra del personaje biografiado en un corto espacio de tiempo.

Por la coyuntura de su redacción, estos trabajos mantienen valor como textos de lectura. Por ello, invitamos a los lectores a conocer a estos tres grandes hombres que nacieron como hijos de Honduras, crecieron hasta ser héroes de Centroamérica y hoy en día, patrimonio de toda América.

★ ★ ★ H
★ ★ ★
Educación

Gobierno de la República